

ANNALES

Propagación de la Fé

COMPILACIÓN PERIÓDICA

DE LAS CARTAS DE LOS OBISPOS Y DE LAS MISAS MISAS

DE LOS MIEMBROS DE LAS ORDENES

Y DE LOS DOCUMENTOS RELATIVOS A LAS MISAS

Y A LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ

ANNALES

DE LA

DE LA

TOMO SESSENTA Y SIETE

Propagación de la Fé

EN LYON

RUE SAINTE

EN PARIS

RUE CASSETTE

1885

ANNALES

DE LA

Propagacion de la Fé

COMPLIACION PERIODICA

DE LAS CARTAS DE LOS OBISPOS Y DE LOS MISIONEROS
DE LAS MISIONES DE AMBOS MUNDOS
Y DE LOS DOCUMENTOS RELATIVOS A LAS MISIONES
EN LA OBRERA DE LA PROPAGACION DE LA FE

ANNALES

DE LA CONTINUACION DE LAS CARTAS
DE LOS OBISPOS Y DE LOS MISIONEROS
DE LAS MISIONES DE AMBOS MUNDOS
Y DE LOS DOCUMENTOS RELATIVOS A LAS MISIONES
EN LA OBRERA DE LA PROPAGACION DE LA FE

DE LA CONTINUACION DE LAS CARTAS
DE LOS OBISPOS Y DE LOS MISIONEROS
DE LAS MISIONES DE AMBOS MUNDOS
Y DE LOS DOCUMENTOS RELATIVOS A LAS MISIONES
EN LA OBRERA DE LA PROPAGACION DE LA FE

PARIS, 1844

ANALES

DE LA

Propagación de la Fé

COMPILACIÓN PERIÓDICA

DE LAS CARTAS DE LOS OBISPOS Y DE LOS MISIONEROS
DE LAS MISIONES DE AMBOS MUNDOS
Y DE TODOS LOS DOCUMENTOS RELATIVOS Á LAS MISIONES
Y Á LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ

COLECCIÓN

Que es la continuación de las cartas edificantes

TOMO SESENTA Y SIETE



EN LYON
RUE SALA, 12

EN PARÍS
20, RUE CASSETTE

1895

ANNALES

DE LA

Propagación de la Fé

COMPLICACIÓN PERIÓDICA

DE LAS CARTAS DE LOS ORIGENES Y DE LOS MISIONEROS
DE LAS MISIONES DE AMEROS MUNDOS
DE TODOS LOS DOCUMENTOS RELATIVOS A LAS MISIONES
Y A LA OBRA DE LA PROPAGACIÓN DE LA FÉ

corrector

Que es la continuación de las cartas editadas

TOMO SESENTA Y SIETE



EN PARÍS
20, RUE CASSETTE

EN LYON
RUE SALA, 13

1895

Sumario del Número 398

OJEADA GENERAL Á LOS TRABAJOS DEL APOSTOLADO EN 1894.	7
COREA. — <i>Carta de Mons. Mutel.</i> — Detalles de la muerte del Padre Jozeau y de la situación de los cristianos en Corea	16
SIAM. — <i>Carta de Mons. Guégo.</i> — Evangelización de una tribu del Laos, en la orilla izquierda del Me-Kong. — Los Sos. — Poblaciones cristianas. — Visión singular. — Estratagemas de la Caridad.	26
NAPO. — <i>Carta del R. P. Detroux.</i> — Misiones en tierra de salvajes de la República del Ecuador. — Dificultades del viage. — Comienzos y progresos de la evangelización. — Pruebas. — Estado actual	51
WELLINGTON. — <i>Carta del R. P. Cognet.</i> — La Navidad en país de Maories	61
CRÓNICA DE LA OBRA.	75
NOTICIAS DE LAS MISIONES.	78
NECROLOGÍA. — Mons. Raimondi. — Mons. Neraz. — M. Spiessen	79
SALIDAS DE MISIONEROS.	80

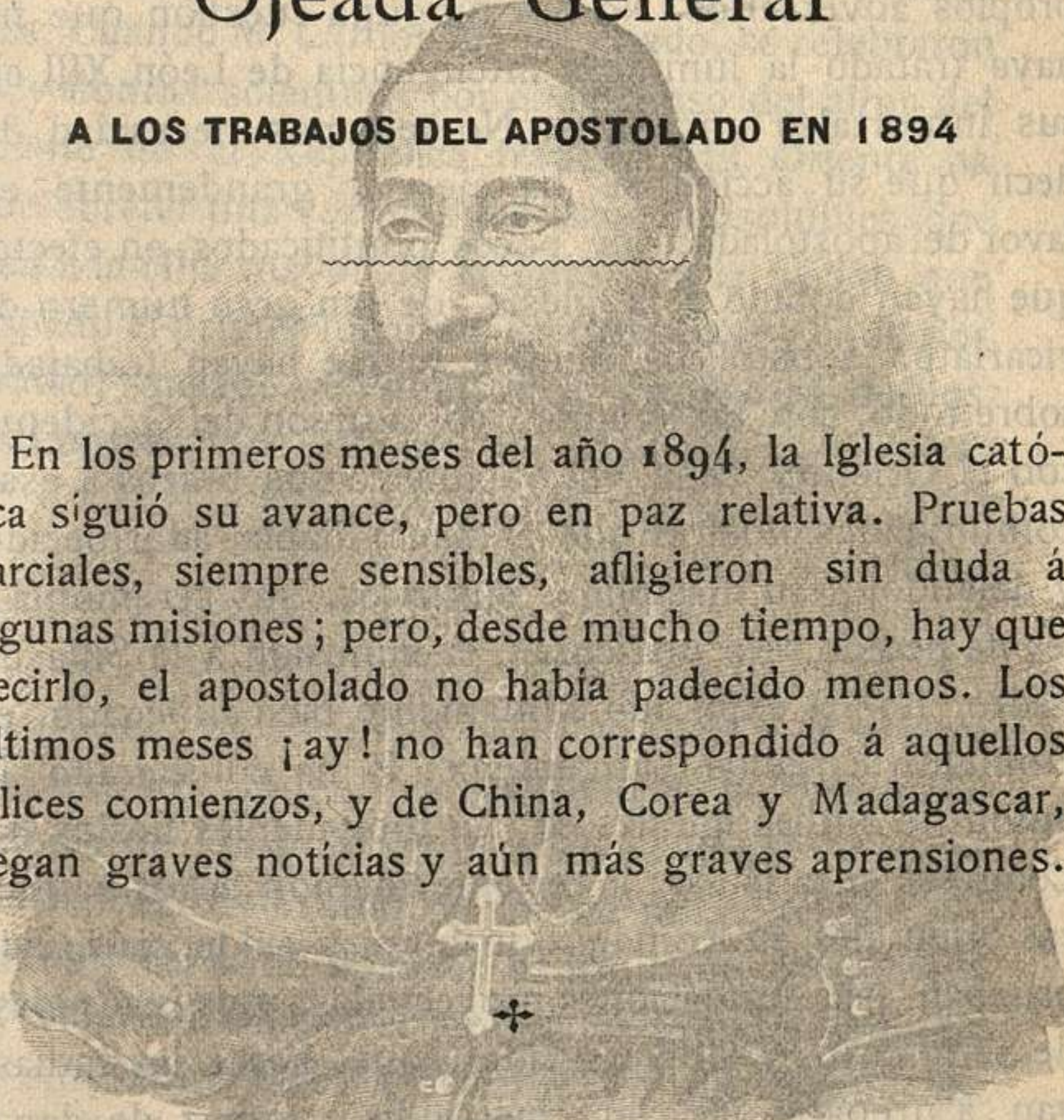


MONSEÑOR RAIMONDI, vicario apostólico de Hong-Kong
(Véase la Necrología.)



Ojeada General

A LOS TRABAJOS DEL APOSTOLADO EN 1894



En los primeros meses del año 1894, la Iglesia católica siguió su avance, pero en paz relativa. Pruebas parciales, siempre sensibles, afligieron sin duda á algunas misiones; pero, desde mucho tiempo, hay que decirlo, el apostolado no había padecido menos. Los últimos meses ¡ay! no han correspondido á aquellos felices comienzos, y de China, Corea y Madagascar, llegan graves noticias y aún más graves aprensiones.

Tenemos que hacer constar una vez más, que, entre nuestros hermanos separados, los odios se apaciguan y los prejuicios cesan. En Inglaterra, por exemplo, ya no es raro el ver que los *clergymen* confiesan que fuera de la legítima autoridad del Papa, sucesor de San Pedro, la unidad religiosa es imposible. Los hay, que no vacilan en expresar la esperanza de que un día, « todas las buenas voluntades se unirán, y de común acuerdo se entrará en el girón de la Iglesia católica romana, para

marchar, como nuestros mayores, trás el cayado del pastor de las almas ».

El Papa, que la Providencia ha dado à la Iglesia, ha contribuido grandemente al movimiento hácia la unidad. Nadie sino él, podía recoger la admiración de sus propios adversarios. No hay ninguna cuestión que no haya tratado la luminosa inteligencia de León XIII en sus inmortales encíclicas. No tenemos necesidad de decir que su acción se ha ejercido grandemente en favor del apostolado. Hay pocos pontificados, en efecto, que hayan dotado à la Iglesia, de tan gran número de vicariatos apostólicos nuevos y que hayan trabajado sobre todo, con tanto amor, en la unión del Occidente con el Oriente. León XIII ha abierto sus brazos à esas comunidades ilustres que el cisma había adormecido y dejándoles su disciplina, sus ritos, sus ceremonias, les ha pedido solo una cosa : la sumisión à la Silla de Pedro. Lo ha explicado sumamente bien su legado, el Eminente cardenal Langenieux : lo ha consagrado la unión de ambas Iglesias en las inolvidables fiestas del Congreso eucarístico ; la reciente reunión de los patriarcas orientales en Roma, contribuirá à evidenciarlo ; lo prueban esas fundaciones proyectadas, ó ya realizadas, de Seminarios y Universidades, que, hasta las Indias, ván à preparar un clero instruido, y capaz de dar à esos pueblos, con una piedad sólida, un conocimiento completo de las cosas religiosas.

En medio de esos esfuerzos hácia la unidad, las pruebas han venido à visitar las Iglesias del Oriente. Un terremoto ha sembrado la consternación y acumulado las ruinas. Sin duda, nuestras comunidades han sufrido mucho, y el patriarca armenio, Su Beatitud Monseñor Azarian, se ha hecho el eco elocuente de tales desgracias, pero los edificios consagrados al cisma y à la

heregía han experimentado más graves daños. Otra vez el Occidente ha escuchado al Oriente y por la iniciativa del Sultán, se ha formado un Comité y se han levantado las ruinas. No podemos omitir las muestras de simpatía que el Oriente ha demostrado á la Francia católica. Cuando M. Carnot fué asesinado, se celebraron misas y honras solemnes por el descanso del alma del Presidente de la República francesa. El Oriente ha querido apretar una vez más los lazos indisolubles que lo unen á la Hija mayor de la Iglesia, á la nación que ha ocupado el primer lugar en las Cruzadas, y, que por su caridad, merece ser siempre la protectora de los Santos Lugares.



En el Extremo Oriente, la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Paris, la primera en el honor y en el peligro, ha registrado más de treinta mil conversiones de adultos y cerca de doscientos mil bautizos de párvulos; 1800 alumnos frecuentan los grandes seminarios de sus veinte y siete vicariatos. Lo que decimos de las Misiones Extranjeras de Paris, podemos decirlo de los Jesuitas, que, en el Maduré y en el Kiang-Nan, establecen florecientes cristiandades gracias á un zelo tan ilustrado como activo; de los Lazaristas, de la Hijas de la Caridad; que hasta, en Pekin han sabido atraerse la estima y el afecto de los ministros y del mismo emperador; de los Misioneros belgas, que, en Mongolia, son más fuertes que las pruebas y las persecuciones; de los hijos de San Francisco de Asis y de Santo Domingo; de los Padres de Milán, que, en las Indias

y en los países extremos y pobres de la China, saben hacerse amar y venerar. Los individuos de esta última Sociedad, han experimentado, el mes de Septiembre de 1894, una gran pérdida, con la muerte de Mons. Raimondi que gobernaba veinte años hace la Misión de Hong-Kong.

La abnegación de todos nuestros misioneros está á la altura de las mayores pruebas. Aunque venga la peste como en Cantón ; la inundación como en el Tonkin ; la guerra como en Siam y Corea, nuestros apóstoles estarán en todas partes donde haya una miseria que aliviar ó un grito de dolor que escuchar ; el Padre Ambrosio, en el Maduré, el Padre Jozeau en Corea, derramarán su sangre rezando por sus verdugos.



El Africa, sigue siendo campo de batalla donde se encuentran los misioneros y los exploradores, y, lo podemos afirmar, nuestros misioneros son felices cuando pueden poner su experiencia del país al servicio de esos atrevidos viajeros : así es que Mons. Augouard era uno de los más preciosos auxiliares de M. de Brazza ; el R. P. Hacquard, un hijo del Cardenal Lavigerie, guiaba en el Sahara la Misión Attanoux ; Mons. Le Roy, nombre querido de nuestros lectores, iba, este año también, á explorar los pueblos desconocidos del Gabón, hallándolos dispuestos para el apostolado ; así los sacerdotes del P. Planque, de las Misiones africanas de Lión, ayudados por las Hermanas de la misma Congregación sostuvieron en el Dahomey, el renombre de la Iglesia.

Mientras la vanguardia del ejército apostólico asegura á la Iglesia nuevas conquistas, otros soldados velan en las regiones ya evangelizadas : entre los coptas católicos, los Jesuitas y el clero indígena unen su acción para dar á esta parte de la Iglesia, pastores jóvenes é instruidos : son diez y seis, entre ellos hay nueve doctores en filosofía y en teología : forman ya un pequeño cuerpo distinguido, para combatir el error y hacer reinar la verdad. Entre las Kábilas, un hospital abierto bajo el patronato de Francia y dirigido por las Hermanas Blancas del Cardenal Lavignerie, afirma el poderío maravilloso que ejerce para la civilización la doble acción de la cruz y de la espada ; estas mismas Hermanas han dirigido este año sus primeras caravanas en las regiones de los Grandes Lagos. En cuanto á los Padres Blancos, en medio de los consuelos que les dán sus neófitos del Victoria-Nyanza, han debido inclinarse ánte la acción ejecutada. Inglaterra, soberana de la mayor parte del reino de Mtesa había de desear que los misioneros católicos perteneciesen á su nacionalidad ; Roma, siempre juiciosa, buscando solo en los acontecimientos humanos, el bien espiritual de los pueblos, ha accedido á esta petición, y pronto los Misioneros de Mil-Hill entrarán en una parte del surco abierto por los hijos del gran Cardenal francés. En los instantes en que escribimos estas líneas, un temporal terrible amenaza la Misión de Madagascar. Ha permitido al menos apreciar una vez más el ánimo de nuestros misioneros. Cuando todos los residentes europeos abandonaban á Tananarive y se refugiaban en los puestos del litoral, los Padres Jesuitas han permanecido en la capital para sostener á sus fieles neófitos en el momento del peligro ; Qué Dios se digne guardar de todo mal á los pastores y á las ovejas de esta hermosa Misión !

Los Estados-Unidos han dado á nuestro viejo mundo una nueva lección de alta conveniencia durante la grande Exposición de Chicago. Allí, tuvo lugar un Congreso general católico, bajo la presidencia del Cardenal Gibbons. Cada diócesis envió un diputado por 5.000 fieles, y los Seminarios, las Universidades, las diferentes Obras, tenían también sus delegados. Este Congreso fué seguido de otra asamblea religiosa, á la que estaban convidados representantes de todos los cultos. Fué inaugurada por el arzobispo de Baltimore, quien, con voz clara y serena, pronunció en inglés la Oración dominical, ante millares de oyentes pertenecientes á todas las creencias.

No abandonemos á América sin dedicar ántes, un recuerdo á las laboriosísimas Misiones de los Oblatos de Canadá. ¡Qué Dios les conceda el más dulce de los consuelos! Aquellos pobres salvages, rebeldes primero á la predicación, empiezan á reconocer la abnegación paciente de sus misioneros; saben interrumpir su ruda existencia de caza y pesca para venir á oír la Buena Nueva. Sin embargo, una desgracia ha afligido á esta Congregación : ha perdido á uno de los decanos del episcopado, el arzobispo de San Bonifacio Mons. Taché. A Dios place probar así á sus amigos, para mostrarles que toda gloria y todo poderío vienen de El. Mientras se llevaba á dicho prelado de en medio del afecto respetuoso de los suyos, después de cuarenta y tres años de episcopado, llamaba hácia sí, casi al día siguiente de su consagración, á Mons. Chausse. de las Misiones Africanas de Lión. Para ambos la palma estaba dispuesta. Dios recom-

pensaba al uno sus largas luchas, y al otro, aquella voluntad del bien, ardientemente deseado y los trabajos que acabará el elegido de su gusto.

En Oceanía, los Padres Maristas siguen recogiendo la herencia del Bienaventurado Chanel. Por todas partes donde sus hermanos llevan la palabra del Evangelio, la oración del mártir los precede y ora en las islas Fidji, ora en la Oceanía central, suaviza á esas tribus que se componían ántes de antropófagos. Las mismas esperanzas reinan en los trabajos de los Padres del Sagrado Corazón de Issoudun. Sus misiones dos veces abandonadas y dos veces emprendidas por Congregaciones, diferentes, salen por fin del período doloroso. Dios sonríe á los que soportan con ánimo la pobreza, las enfermedades y lo que aún es más cruel; una aparente esterilidad. Hoy, esas tribus llaman á mayor número de obreros, y la jóven Sociedad de Issodun, ayudada por sus auxiliares, las Hermanas del Sagrado Corazón, encuentra á pesar de la pobreza, éxitos, que no tienen, con todas sus riquezas, los predicadores de la heregía.

Mientras en las islas Sandwich veían elevarse la estatua del heroico Padre Damien el apóstol de los leprosos, estatua erigida por un Comité que presidía el Príncipe de Gales su émulo en abnegación, el R. P. Montiton, como aquel, de la Sociedad de los Sagrados Corazones, sucumbía en España, durante cuatro años ayudó al Padre Damien en su rudo ministerio.

Aquel habría querido volverse leproso para acabar su vida en medio de sus queridos enfermos. Dios ordenó

otra cosa, y tuvo que emprender otra vez sus largas correrías por Taïti. Hasta el día que, roto por las fatigas, aún más que por la edad, se murió en el retiro.

No podemos terminar esta rápida reseña sin mencionar algunos hechos que interesan á nuestra Obra. La Exposición colonial de Lyon y en la cual la Propagación de la fé ha tenido con su Museo un lugar distinguido; la entronización en la sede de Lyon cuna de nuestra obra, de un arzobispo amado é ilustrado Mons. Couillé, que, como su eminente predecesor, nos honra con su alta benevolencia; la muerte del buen Padre Tissot superior de la Sociedad de los Misioneros de Annecy, una familia religiosa que evangeliza las Indias. Santo y amable religioso; para nosotros hizo su último sermón, uno de los mas notables que ha pronunciado. Enfin, la Misión siempre fecunda en México de nuestros delegados Mons. Terrien y el Padre Devoucoux.



Para concluir, pedimos á nuestros bienhechores ofrendas más generosas aún; además de la bendición del Cielo, les prometemos el engrandecimiento del apostolado. Hé aqui, entre otras muchas, la carta que escribían recientemente á los Consejos de la Obra los obispos de la Provincia de Pondichery :

« Antes de separarnos, nos queda un deber que

llenar, muy dulce à nuestros corazones, el de ofreceros el homenaje sincero de nuestro profundo reconocimiento, por vuestra abnegación sin límites à la Obra, que abraza en un mismo afecto, todas las misiones, y las ayuda poderosamente à extender más y más el reinado de Jesucristo. En la expresión de nuestra sincera y viva gratitud, Dios nos guarda de olvidar à todos los piadosos asociados cuya generosidad alimenta la Obra admirable de la Propagacion de la Fé. Esta obra, no solo nos proporciona el pan de cada día, sinó también nos ayuda à mantener las obras múltiples de nuestras Misiones. Si, somos dichosos de reconocerlo y afirmarlo ante los católicos todos; si el bien se hace en las Misiones, si los catecúmenos y los neófitos se multiplican, si hemos logrado fundar establecimientos de caridad que los mismos paganos admiran, edificar iglesias que hacen el mayor honor à la religión, lo debemos à la obra de la Propagación de la Fé.





Misiones de Asia

VICARIATO APOSTÓLICO DE COREA

**Detalles de la muerte del Padre Jozeau,
y sobre la situación de los cristianos en Corea.**

Mons. Mutel, el venerable vicario apostólico de Corea, nos envía, por conducto del Seminario de las Misiones Extranjeras de Paris, la carta siguiente. Contiene el relato conmovedor del asesinato del Padre Jozeau. ¡ Ay ! los malos días parecen volver para esta heroica é infortunada misión y, ante este porvenir tan sombrío necesitamos recordar que la prueba trae á la Iglesia el triunfo y hemos de contar con la caridad de nuestros asociados para ayudar al jefe y al Padre de esas ilustres cristiandades curando sus llagas y aliviando la miseria de sus hijos.

CARTA DE MONSEÑOR MUTEL

DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARIS, VICARIO APOSTÓLICO DE COREA

El P. Jozeau era el más amenazado de todos sus compañeros; varias veces los rebeldes invadieron su residencia y hasta le apuntaron tres veces con sus armas: cada vez el Padre se avanzaba descubriendo su pecho y les decía que tirasen si se atrevían á ello. Su ademán decidido los hacía retroceder. Situación tan violenta no podía continuar y el P. Jozeau no se hacía ninguna ilusión, pués el 16 de Julio, escribía al frente de su testamento :

« En medio de los desórdenes en que me encuentro, espero de un día á otro sucumbir á los golpes de algunos salvages. Quizá mi sangre sea necesaria para impedir la degollación de mis cristianos; si asi fuere, la doy de buena gana para la mayor honra y gloria de Dios. »

El 14 de Julio, recibí de Seoul el despacho siguiente :
Los Padres y todos los cristianos van á morir.

Entonces renové por telégrama la orden dada ya por carta, para el caso que la situación se hiciese desesperada.

Que los Padres se escapen, ó vengan acá.

Asi que el P. Jozeau tuvo noticia de esta nueva orden, marchó á Tjyen-Tjyou, á unas cincuenta lys de distancia y de allí se dirigió á Seoul.

Los dos PP. Bondonnet y Villemont, no tan acosados, resolvieron esperar todavía. El P. Jozeau salió el 27 á caballo, acompañado de un solo criado. Otros cuatro cristianos le seguian á pié, pero pronto el Padre los adelantó de 30 ó 40 lys, pues había resuelto llegar á Seoul en cuatro días. Pasó el rio Kong-Tjyou el 28 por la tarde y fué á pernoctar á 40 lys de allá, en una posada llamada Koan-tjyeng.



A la mañana siguiente, dia 29, se puso en camino, pero, apenas había andado algunas lys encontró al ejército chino huyendo hácia Kong-tjyou. Los primeros batallones le dejaron pasar. Más lejos tropezó con un grupo de rebeldes coreanos y muy probablemente á instancias de ellos, el general chino allí presente mando arrestar al Padre por sus soldados.



He de hacer notar aquí, que después del 23 de Julio se produjo un gran cambio en el ánimo de los rebeldes y quizás también de los Chinos. Al apoderarse del palacio real y de la persona del rey, los Japoneses hirieron en lo vivo el sentimiento nacional de los Coreanos; los rebeldes que anteriormente habían hecho campaña contra la administración del rey, se pusieron en adelante, como defensores de su autoridad; se aliaron á los Chinos para poder vengarse de los Japoneses y hasta de los Europeos que el pueblo creía eran más ó menos cómplices de su injustificable agresión. Los Chinos, en parte derrotados y en vísperas de ser rechazados de sus posiciones por los Japoneses, aceptaron gustosos la alianza de los rebeldes Tong-hak que habian ido á combatir. Sin duda querían servirse de ellos para guiar y abastecer las tropas en fuga.

El general chino, habiendo hecho detener al P. Jozeau, le interrogó con la ayuda de un intérprete coreano :

« — ¿De qué pais es V?

« — Soy Francés.

« — ¿De dónde viene V?

« — Vengo del Tjyen-la-to, de las cercanías de Tjyen-tjyou.

« — ¿Qué haciais en el Tjyen-la-to?

« — No me he mezclado jamás de nada sinó de enseñar la doctrina cristiana.

« — ¿Por qué habeis dejado el Tjyen-la-to?

« — He tenido que partir á causa de los Tong-hak que me amenazaban de muerte, lo mismo que á los cristianos.

« — ¿No habeis visto Japoneses?

« — Nó.

« — ¿A dónde vá V?

« — A Seoul.

« — Puesto que vá V. á Seoul, vólvamos juntos á Kong-Tjyou; de allí haremos el camino de concierto para Seoul. »

El P. Jozeau vió bien, sin duda, que le armaban una emboscada; pero, en la imposibilidad de resistir, se dejó conducir á donde quisieron. Un peloton de soldados le puso entre las filas y le hizo andar á pié, vigiándole de cerca; de cuando en cuando, esos soldados daban gritos salvages. Después de haber caminado así algún tiempo, el P. Jozeau fatigado de la marcha y del calor, hizo signo á su criado que guiaba su caballo por la brida, que se acercase; pero no le quisieron permitir, al Padre que montara á caballo, y debió por fuerza, seguir su camino de amargura.



Antes de llegar al rio de Kong-tjyou, hay al borde del camino, en una posada llamada Kam-na-mou-kol, un pequeño pabellón abierto, sostenido por la administración de la ciudad que sirve de salón de espera á los huéspedes de distinción. Allí los mandarines que salen de su destino suelen hacer sus cumplimientos de costumbre á los que vienen á reemplazarlos. El gobernador de Kong-tjyou, al saber la llegada de las tropas chinas, envió delante del general al mandarin y al juez de lo criminal, ambos, magistrados de la ciudad. El encuentro se hizo precisamente en dicho pabellón.

Después de las primeras cortesias, el general chino entró en el pabellón y se sentó; á su derecha y á su izquierda se sentaron igualmente el mandarin militar y el juez de lo criminal.

El Padre Jozeau roto por la fatiga, se detuvo delante de la posada, y allí muchos coreános se agolparon alrededor de él. Nadie se atrevía á dirigirle la palabra, á causa de los soldados. El Padre dijo entonces en alta voz:

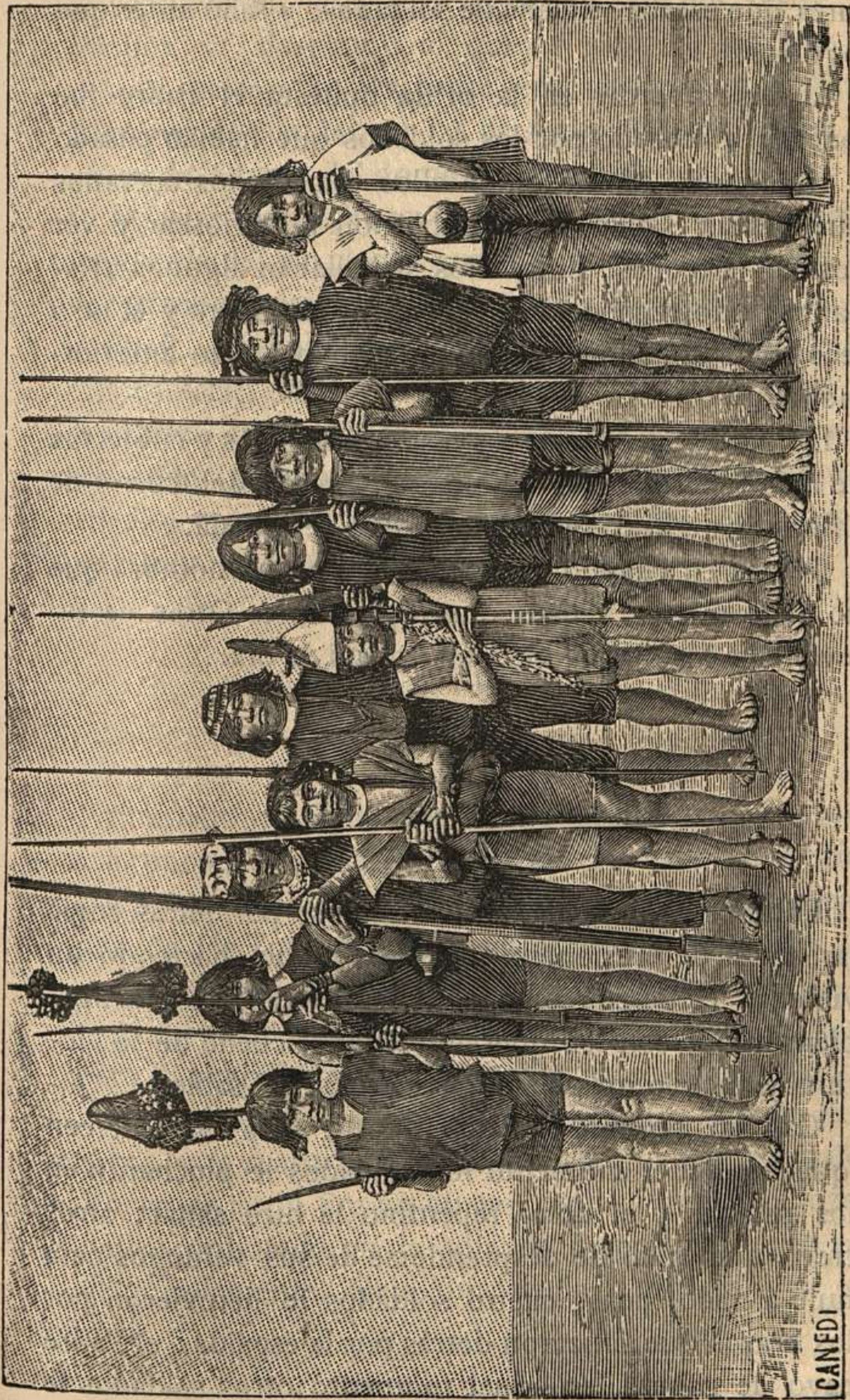
« — Soy Misionero francés; he sido detenido por los Chinos está mañana y no he sabido nada en todo el día; dadme una taza de vino, por favor. »

El posadero ofreció en seguida una taza. El Padre la llevó á sus labios, pero los soldados no le dejaron el tiempo de beberla, se precipitaron brutalmente sobre él y el vino se derramó en parte por el suelo.

En aquel momento el general mandaba llamar al misionero á su tribunal. El Padre Jozeau creyó la ocasión favorable de explicarse más claramente delante de los dos magistrados coreanos. Los soldados le rechazaron violentamente y hasta le forzaron á arrodillarse en el suelo como un criminal en presencia de sus tres jueces. Allí hubo un interrogatorio de unos instantes. Todo lo que yo sé, es que el Padre repitió ante sus jueces su declaración. « Soy un misionero francés. »

Luego la comitiva siguió su camino.

Al llegar á la orilla derecha del río, era necesario atravesarlo para llegar á Kong-tjyou, el mandarin militar y el juez de lo criminal entraron en una barca y el general chino en otro. El Padre subió á la barca del general. Este, al menos exteriormente no pareció enfadarse, pero en seguida los soldados chinos se precipitaron sobre el Padre y le arrastraron por fuerza á otra



ÉCUADOR. — (América del Sur). — Tipos de indios de Napo (Véase pag. 51).

barca que estaba ya llena de soldados, y salió antes que los otros.

Al desembarcar en la orilla opuesta el Padre fué rodeado y acosado por los soldados que habian pasado el rio con él. Alrededor de ellos estaban los coreanos que habían salido de la población á curiosar y ver desfilar la tropas. Entre ellos se hallaban algunos cristianos; uno reconoció de repente al misionero y el otro reconoció al Padre Jozeau á quien había visto anteriormente.

El Padre Jozeau tenía sus vestidos mojados y cubiertos de lodo: permanecía en pié, en medio del corro de chinos en actitud tranquila ó mejor resignada.

De vez en cuando les miraba, como un hombre que no tiene miedo, y nada que reprocharse. Otras veces, levantaba los ojos al cielo en actitud de orar.



Entonces, un soldado, acercándose por detrás cogió la cabeza del misionero entre sus manos haciendo un violento esfuerzo como para levantarla; los testigos piensan que con eso querian estirar el cuello de la víctima y hacerlo más blando á la acción del sable.

Casi en seguida el Padre dió un salto; unos creen que en aquel momento los soldados le pincharon en los riñones y el dolor repentino le hizo saltar; otros creen que trató de desprenderse de sus verdugos para huir á nado, pero, cuatro soldados le detuvieron por los brazos que cruzaron detrás por la espalda: el Padre cayó de cabeza, en aquel momento otros soldados le hirieron con sus sables. El primer sablazo en la nuca,

el segundo en la cabeza, haciendo salir los sesos. La víctima se desplomó al quinto sablazo, sin que la cabeza quedara enteramente separada del tronco. También recibió heridas en los brazos y piernas. Serían las cinco de la tarde del domingo día 29 de Julio.

El lugar del asesinato, es la playa de arena de la orilla izquierda del río, lugar que sirve para la ejecución de los grandes criminales de la villa de Kong-tjyou.

El P. Jozeau (Juan Moisés) nació en la Boissière Thouarsaize, cantón de Parthenay (Dos Sevres) el 8 Febrero del año 1866. Llegó á Corea, el 16 de Febrero de 1889, trabajó allí con celo durante cinco años y medio, y cayó víctima de su abnegación, á la edad de veinte y ocho años y medio.



El criado del Padre asistió á su ejecución: allí estuvo, á algunos pasos de la escena, con el caballo de la brida. Los soldados chinos no hacían caso de él, y á lo mejor, uno de los Tong-hak que le acompañaba exclamó.

« — ¿Dónde está el bribón del criado? »

Al oír tales palabras el buen hombre trató de huir, pero lo prendieron al dar algunos pasos, unos soldados chinos, dándole dos sablazos en el cuello. Se cayó expirante, y lo acabaron pegándole dos tiros por la espalda, á boca de jarro. Era un nuevo cristiano que el P. Jozeau había contratado en la villa de Tjyen-tjyou para este viaje solamente. Deja una viuda y un niño de seis años.



Las barcas del general chino y de los magistrados coreanos abordaron á la orilla izquierda después de haber cometido este doble asesinato, contemplando los cadáveres de las dos víctimas sin parecer cuidarse de lo que acababa de ocurrir. Un soldado chino, llegando después de la ejecución registró los bolsillos del P. Jozeau y le quitó el crucifijo, el rosario y los escapularios. Al ver esto los dos cristianos coreanos, creyeron que aquel soldado era también cristiano, pero pronto se desengañaron, viendo que de una patada [el miserable hizo rodar el cadáver del Padre por el borde del río dejándolo casi sumergido en el agua.

Durante dos días y dos noches, los cristianos trataron en vano de buscar la ocasión de dar sepultura á los restos abandonados del misionero, el paso continuo de tropas y la afluencia de curiosos lo impidieron. Por fin, en la noche del 31 de Julio al 1º de Agosto, consiguiendo burlar la vigilancia, hicieron una fosa en la arena y no lejos de la orilla depositaron á toda prisa los despojos venerados de su Padre envolviéndolos en una sencilla estera.



El P. Baudonnet, permaneció en Tjyen-tjyou : sabiendo el asesinato de su compañero, mandó el 4 de Agosto al gobernador de Kong-tjyou el telegrama siguiente :

*El P. Jozeau ha sido asesinado á la orilla del rio:
¿por qué razón? ¿Qué ha sido de su cadáver?*

« Baudonnet, misionero francés. »

Este envió á su gente para proceder al entierro del misionero. Hallando al Padre enterrado, se contentaron con enterrar al criado.

El gobernador contestó el 5 con el extraño despacho siguiente :

« Se dice que cuando los soldados chinos han pasado el rio, han ejecutado á un japonés y su cuerpo ha sido enterrado por los cuidados de un mandarin local. »

« Gobernador de Kong-tjyou. »

Es una mentira administrativa de las que acostumbran á decir los coreanos y los chinos.



Sin hablar de la pérdida inapreciable para nosotros de un misionero tal como el P. Jozeau, puedo decir que su muerte ha sido para la misión el mayor de todos los males. Los Tong-hak, que, hasta entonces, no se habían atrevido á poner la mano sobre los misioneros, se pusieron á perseguirlos como bestias feroces. En cuanto á los cristianos su posición se ha hecho intolerable. En las dos provincias de Tjyen-la y Tchyong-tchyeng, no hay quizás una población cristiano que no haya sido robada y saqueada. Los habitantes han huido todos y se preguntan con dolor si quedarán algunos sobrevivientes de los once mil cristianos.

VICARIATO APOSTÓLICO DE SIÁM

EVA NGELIZACIÓN DE UNA TRIBU DEL LAOS**Sobre la ribera izquierda del Me-Kong**

Esta Misión, más grande que la Francia entera, es evangelizada hace dos siglos por los sacerdotes de las Misiones Extranjeras de Paris. Cuenta 20.000 católicos, 62 cristiandades, casi todas provistas de iglesias y escuelas, 36 misioneros europeos y 11 sacerdotes, i ndígenas. El Laos siamés de que se trata en esta correspondencia, representa la parte montañosa central del reino.

RELACIÓN DE M. XAVIER GUEGO

DE LA SOCIEDAD DE LAS MISIONES EXTRANJERAS DE PARIS

MISIONERO EN SIÁM

Los Sós. — Diplomacia y diplomático. — Sencillez y pobreza. — Un buen alcalde. — Una noche agitada.

La tribu laociana de que quiero hablar tiene un nombre que hace reir en la malvada lengua francesa. Ruego al lector que no haga retruécanos... Pues, dicha tribu laociana, se llama la tribu de los Sôs. Si este nombre suena mal á los oídos franceses, suena agradablemente á los oídos de Dios, pues un gran número de esos pobres desheredados de la fortuna, son ya sus hijos, porque son cristianos.

Cuando, hace cinco años, me atreví á instalarme entre ellos, todos, ó casi todos, huyeron al bosque como verdaderos salvajes que eran. Por lo restante, en

aquella época, los demás laocianos circunvecinos los designaban con el nombre injurioso de Kha que significa hombres de los bosques. En aquella primera visita, apesar de mis promesas, no pude decidirles á venir á la modesta casa que me había mandado construir en medio de su pueblo, tuve pues que volverme sin ningún éxito. Entonces empleé otro medio. De regreso á mi puesto principal que en aquella época estaba en la isla de San Francisco Xavier, llamada Dône (isla Blanca), busqué á un diplomático entre mis cristianos, para que fuera á domesticar un poquito á aquellos pobres Sôs. Precisamente tenía un cristiano cuyos padres eran Sôs. Pronto hice mi elección. Le propuse que fuera á pasar un mes en medio de sus paisanos. Puso algunas dificultades, pero le prometí un peso y aceptó en el acto. Poco á poco, entró en relaciones con los Sôs, y al terminar el mes, volvió triunfante á anunciarme que sus conciudadanos solicitaban estudiar.

Sin fiarme de las buenas palabras de mi negociador, envié allí á mi catequista, quien, también permaneció más de un mes en el pueblo de los Sôs; después de esto, volvió muy contento de la sencillez de aquella pobre gente. Entonces salí yó para ir de nuevo á visitarles. En el camino los recomendé ardientemente á sus ángeles custodios. Anduve todo el día y á eso de las 5 de la tarde, llegué extenuado de fatiga á mi cabañita que servia para orar en común.



El interior estaba en relación con el exterior. No había ni silla, ni mesa, estaba todo en la mayor desnudez.

El principal pueblo, al verme llegar, se adornó lo mejor que pudo para recibirme; para saludarme, se prosternaron. Un momento después vinieron hasta cuatro visitantes y pronto conté más de veinte, pero ni una mujer, ni un niño; con algunas palabras amables traté de ponerlos en franquía, pero lo conseguí á medias, allí estuvieron agachados, atreviéndose apenas á mirarme de frente. Les pregunté si sabían rezar y se pusieron á decir aproximadamente : « *En el nombre del Padre, el Padre Nuestro y el Yo os saludo Maria* ». Entretanto, el alcalde mandó por mi cena; me trajeron un guisado de *no sé que cosa*, en una escudilla tan sucia que no pude tocarla y sin embargo, lo confieso, en cocina no soy delicado; me contenté con dos huevos crudos que estaban muy pasados. Esta fué mi primera cena.

Cuando llegó el momento de la oración en común, di la señal dando un golpe con un pedazo de bambú que me servía de campana. Tuve unos veinte concurrentes, entre ellos, cuatro ó cinco niñas; pero ¡ qué vestidos tan lastimosos y miserables! Desde que estoy en el Laos, no había visto todavía nada tan pobre.

Entoné algunas oraciones que aquellos sabían y fué una cacofonia de primer orden. En medio del ejercicio, una serpiente venenosa rozó mis piés; todos lo vieron menos yó, que no lo advertí hasta después de la oración.

Luego di gracias á mi buen ángel por haberme preservado; pensé en el versículo del profeta : *Super aspídem ambulabis...* Si, aquel á quien Dios guarda, está bien guardado.

Como mis queridos oyentes, en su mayor parte no entendían el laociano, la lección de catecismo fué muy corta; comprendí que sería muy costoso el instruirles. Cuando se retiraron, me acosté en mi esterita, que hacía

las veces de colchón. Mis zapatos envueltos en un trapo, hicieron las veces de almohada. Ya me habían traído una, pero estaba tan grasosa, que no me atreví à confiarle mi cabeza.

Habiendo olvidado el mosquitero, por más que traté dedormir, no lo pude conseguir. Entonces inventé otro medio. Me puse tres pantalones, tres vestidos, me puse calcetines en los piés y en las manos, me envolví la cabeza con un enorme turbante, dejando descubierta solamente la boca y la nariz. Así empaquetado, pude dormirme. Por la mañana, cuando me desperté, tenía la punta de la nariz roja de sangre, pero habían respetado los labios.



Al rayar el día, mis nuevos catecúmenos vinieron solos à orar, y me hallaron en la singular vestimenta ya descrita. En Francia se hubieran reído; mis Sôs no lo notaron siquiera. Les dije un poco de doctrina; luego, me trajeron el desayuno que no valía más que la cena de la vispera, pero en virtud del principio :

A buena ó mala pitanza,
Hay que poner buena cara,

traté de hacerle honor y por cierto, no pequé de glotonería.

Visita oficial. — El diablo protector. — Vacilación y triunfo. — Honor á la Virgen María.

Después de mi desayuno fui á visitar al alcalde de la población. ¡Dios mio, que casucha! Y eso que era lo que se llama una hermosa residencia. Llamó mi atención el *thène phi* (altar del diablo protector.) Es una tablita asentada en la pared en la que hay fetiches de todas clases, que representan un galápago, un elefante, un perro, ect. Haciendo como aquel que no comprende, pregunté al alcalde lo que era aquello.

« Padre Bienhechor ; eso son dioses tutelares de mi casa y de todo el pueblo. »

Me eché á reir y le aconsejé que quitase todos aquellos diabluchos, prometiéndole colocar allí algo *mejor* en cambio.

« Padre Bienhechor, me dijo el buen hombre, temo que los *phi raksa* (diablos protectores) de mis antepasados se venguen si los abandono. Y luego, ¡qué dirán! porque yo soy el encargado de mantener al diablo protector. Mi casa es el único altar para la población. »

No queriendo ofender por de pronto al viejo alcalde, no insistí más, pero me prometí volver á la carga. Al salir de aquel pequeño infierno del diablo, quise dar un paseo por la población. Al verme, los muchachos huyeron y algunas viejas hicieron lo propio. Comprendí que aún no era hora de exhibir mi ilustre persona. Regresé pues muy triste á casa y me acosté en la estera para reparar el insomnio de la noche. Esta vez, todo me salió

á maravilla ; como un carpintero sin cuidados ni trabajo, hice un sueño de más de tres horas.

+

Por la tarde, mis oyentes, eran más numerosos que nunca, no conociendosiquiera tres palabras de laociano. Sin embargo, su sola presencia era un buen presagio para el porvenir. Aquella noche, les hablé de los buenos y de los malos ángeles, poniendo en ridículo el culto de los fetiches que había visto por la mañana en casa del viejo alcalde.

« — Creedme, amigos míos, echad al fuego todos esos pedazos de madera que son impotentes y no adoreis más que al buen Dios que yo os vengo á anunciar.

« — Padre Bienhechor, me contestó entonces el viejo alcalde ¿pensais en ello?... Si alguna vez uno de nosotros se atreviera á hacer lo que decís, sería castigado acto continuo. No pasan meses y semanas sin que el génio protector nos exija sacrificios; ora una gallina, ora un puerco, y á veces un búfalo; pués apesar de estos sacrificios muy costosos, el génio protector nos molesta aún de muchas maneras. ¿qué no haría si uno de nosotros se atreviera á derribar su altar?

« — Pero, díjeles, si otro más poderoso os cubre con su protección, ¿qué teneis que temer de todos los diablos? Pués bien, os lo aseguro, si quereis creerme, no solo no os hará morir acto continuo el diablo, sino que sus vejaciones cesarán.

« — Padre Bienhechor, me contestó otra vez el señor alcalde, *jane* (tengo miedo) no me atrevo á quitar el *ène* (altar).

« — Entonces déjame hacer, no tengas miedo. Mira; para probarte que todos esos diablillos no son nada, mañana por la mañana voy á mandar traerlos aquí, delante del *vôte* (iglesia) y eso lo harán los dos niños que me acompañan (los que me ayudaban la misa). »



Toda la noche se pasó deliberando. Yo los oía desde mi casa, pero no entendía nada porque hablaban en su lengua que no se parece en nada al laociano. Hubo de haber el pró y el contra, porque su conversación era muy animada.

No pudiendo dormir á causa de los mosquitos y sobre todo de la algarabía que aquellos armaban, me puse á rezar el rosario, rogando á mi angel de la guarda, que fuera á complotar por la pérdida de los fetiches, con los buenos ángeles de mis catecúmenos.

Eso me salió á las mil maravillas; al día siguiente por la mañana, todos mis valientes Sôs llegaron diciendo :

« Como le plazca al Padre Bienhechor. »

Terminado el rezo en común, mandé á mis pequeños despabilados á que fueran por el antro del diablo, con todos los fetiches, adornos de flores, guirnaldas, ect. No se hicieron de rogar. Tan pronto dicho, tan pronto hecho; en un instante los fetiches fueron descolgados y traídos en un viejo cesto agujereado, pero aún demasiado bueno para lo que contenía. Mientras uno encendía el fuego que iba á consumir esos ídolos de madera, otro se entretenía en azotarlos con un palo, diciéndoles :

« Diablos feos y cornudos, huid presto, si no quereis ser asados. »

Yo me reía de buena gana, pero mis pobres Sôs seguian estupefactos.

Después de esta ejecución, fui yo mismo á colocar una imágen de la Vírgen Santísima en el sitio donde el demonio había permanecido tanto tiempo; bendije la casa del principal de la población y me quedé aún ocho días en medio de mis queridos catecúmenos, para fortalecerlos contra el temor que tenían de ver al diablo volver, para vejarlos de nuevo.

« Sobre todo, díjeles, repetid á menudo estas dos palabras : « María sed nuestra guía ».

Yo me volví á mi puesto principal; la isla de San Francisco Xavier, donde había dejado solo á mi catequista, que estaba preparando á los neófitos á la confirmación.

La vida del misionero. — Una primera comunión.

El alcalde apóstol. — Peligro evitado.

Singular vision.

Así que hube llegado, mandé á mí catequista para que me reemplazara cerca de mis queridos Sôs, y yó seguí preparando á los confirmandos. No había habido confirmación en la isla el año pasado, por eso el trabajo fué penoso, porque eran muy numerosos.

Para instruirlos mejor los dividí en dos partes é hice cuatro ó cinco catecismos por día. Al fin de la jornada tenía á menudo la voz extinguida, pero, por la noche, un sueño reparador curaba la garganta y al dia siguiente vuelta á empezar. Casi doce dias ántes de la época fijada para la ceremonia por el Provicario el P. Prodhome, empecé los exámenes, los hubo con notas de *muy bueno*,

bueno, mediano, como en todos los exámenes. Había interrogado á cerca de 80, cuando el Provicario llegó; el número de los confirmandos fué de 91. Inútil es decir que aquel día fué una hermosa fiesta para la isla. Desde la mesa de comunión hasta el portal de mi iglesia, los confirmandos estaban alineados en dos filas; además hubo seis primeras comuniones ¡ Ah! ¡ cómo compensan semejantes fiestas, cien veces más, las penas del pobre misionero!

Algunos días después de esta hermosa fiesta, me volvía á poner en camino para administrar mis otros puertos del exterior. Pero, como el objeto de esta relación es hacer conocer á mis queridos Sôs, en particular, volvamos pronto á ellos.



Durante los pocos meses que les había dejado entre las manos de mi catequista, ocurrieron felices sucesos. Mi excelente alcalde había hecho la propaganda entre sus compatriotas y otras dos poblaciones que forman un triángulo con la de mi amigo y se hicieron inscribir como catecúmenos. Las tres poblaciones reunidas formaban una de 500 almas. Juzgad de mi alegría al saber esta noticia. Como la población del buen viejo alcalde era por decirlo así el Precursor de las otras dos, la puse bajo la invocación de San Juan Bautista el Precursor de Nuestro Señor, el segundo, bajo la de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, el tercero bajo la de la Inmaculada Concepción. Toda la población de San Juan Bautista, menos cuatro ó cinco familias, estudiaban con afán; el más ferviente era el alcalde que solicitaba siempre

el ser bautizado con toda su familia, sobre todo, después de un incidente que por poco aniquiló todas mis bellas esperanzas en las tres poblaciones. He aquí lo ocurrido :

Muy cerca del pueblo de San Juan Bautista hay un estanque donde hay muchos peces, pero reputado por haber duendes y diablos. En otro tiempo, cuando mis nuevos catecúmenos iban á pescar, no dejaban jamás de ofrecer un sacrificio ; pues, desde que yo hube quemado sus fetiches, aquellos iban allá buenamente á colocar sus artes de pescar sin más reverencias al génio del estanque.

Todos los paganos estaban estupefactos de que no sucediese ninguna desgracia á aquellos temerarios. Pero he aquí que un día, el hijo del alcalde cayó enfermo súbitamente ; empezó á delirar y á dar manotadas como un espiritado. Entonces todo el mundo creyó que eran los génios tutelares que se vengaban. El desgraciado con sus gritos y sus contorsiones estuvo dos dias sin beber ni comer ; enfin, el tercero, cayó en una especie de letargo. Toda la población fué de opinión de ofrecer un sacrificio al diablo, de lo contrario el pobre enfermo se moría. Si mi catequista no se hubiese encontrado allí, habrían seguramente sacrificado al génio del estanque y hubiera habido muchas defecciones. Pero gracias á Dios, el enfermo volvió á la vida, y hé aquí lo que me contó después repetidas veces.

« Durante mi sueño, dos grandes *phi* (diablos) vinieron á imponerme que fuera con ellos, diciendo que su jefe los había enviado á buscarme y que tenían orden de llevarme á toda fuerza. Como yo rehusaba partir, el mayor de los diablos quiso cogermé á brazo partido, ambos me maldecían y me reprochaban el haber quemado mis fetiches.

« — Pero, yo le contesté, no soy yo quien los ha quemado, es el Padre Bienhechor.

« — ¿Porqué no te has opuesto? Constrúyenos aquí mismo sobre el borde de este estanque, un nuevo altar, donde vamos á conducir á nuestro jefe. »

« Yo solicité primero el consultar al Padre Bienhechor, y si lo permitía, quitaria este altar. Mis interlocutores se avanzaban para cogermé, cuando aparece un hombrazo todo negro que se opuso riendo á carcajadas.

« Dejad, dejad á este impío, y sobre todo que no vaya á buscar al Padre, porque sufriríamos más aún. »

He aquí el relato que me ha hecho muchas veces mi buen Sô. Sea lo que fuere de la veracidad de este relato, es cierto que después de este incidente, todo el mundo estudió con mayor afán que nunca. Esta es la ocasión de decir que todo sirve para la mayor gloria de Dios.



Durante mi ausencia, mi catequista habiendo hecho un altar y ensanchado el cobertizo que me servía de iglesia tuve desde aquel momento, el consuelo de celebrar allí la santa misa. Traje mi capillita muy pobre, puesto que no se componía más que de dos ornamentos, uno blanco y otro negro. Dejé los otros ornamentos en la isla de San Francisco Xavier, para que mi compañero, cuyo puesto está á media hora de allí, en la orilla derecha del Mekong, pudiera venir á decir misa de cuando en cuando, durante mi ausencia.



Ecuador (América del Sud). --- Casa de los misioneros en Archidona. (Véase p. 51).

**En el pueblo de San Juan Bautista. — Bautizo
de la tribu. — Ladrones y robados.**

Envié á mi catequista á los puestos de San Pedro y San Pablo y acabé de preparar yo mismo á los treinta primeros catecúmenos de mi pueblo de San Juan Bautista que me pedían el bautismo con ardor, sobre, todo después del incidente relatado más arriba. No fué cosa fácil. Los hombres me comprendían casi casi, pero las mujeres y los niños, como habían oído hablar raramente el laociano, no podían entender mucho.

Me hice ayudar en este trabajo por un jóven Sô, que había venido conmigo á la isla San Francisco Xavier á mi primer viaje. Mi catequista de ocasión se puso á instruir á mujeres y niños, daba gusto verles, catequistas y catequizados hablando ora sô, ora laociado. Por mi parte, tenía los hombres, esto es, la flor de nuestros estudiantes. Por la noche, después de rezar, los reunía á todos, y les enseñaba el catecismo en común; entre tanto, mi nuevo auxiliar instruía á parte á dos viejos medio sordos. ¡ Dios sabe lo que me costó de penas y fatigas para preparar al bautismo á estas primicias de los Sôs! Hice hasta cinco clases de catecismo por día, durante más de seis semanas.

En fin, el día tan deseado llegó; yo había escogido la fiesta de S. Juan Bautista, patrón de la población. Después de haber preparado lo mejor que pude el alma de mis queridos hijos, me quedaba el último trabajo, el de vestirlos decentemente, porque no llevaban sino harapos. Hice comprar por quince francos de tela, lo cual bastó para los adultos; en cuanto á los pequeños, me

ví obligado á aplazar el bautizo al día siguiente, esto es, hasta que tuviese la tela necesaria para vestirlos un poco.



El mismo día de la fiesta de nuestro patrón vino un nuevo obstáculo. Vinieron á anunciarme que por la noche habían robado de 50 á 60 libras de arroz á uno de mis catecúmenos. En seguida mandé buscar á los ladrones, que por fin, fueron descubiertos; eran cuatro. Mandé que les condujeran á la villa, donde fueron encarcelados y condenados á pagar una multa de 40 pesos al propietario del arroz robado.

Este, en virtud de una costumbre muy tonta, que de tiempo inmemorial los antepasados han instituido en la tribu, no quiso beneficiar de la multa, no consintió percibir sino el minimum del precio de su arroz, y aún se vió obligado á desembolsar 3 ó 4 pesos para pagar á los que condujeron á los ladrones á la villa, no quedándole nada. Los jueces no tuvieron escrúpulo en cobrar la mayor parte de los 40 pesos.

Por lo restante, por regla general, los laocianos, conociendo dicha costumbre de la tribu, la aprovechan para cometer toda clase de robos y depredaciones contra los Sôs. Pero volvamos á la fiesta, que este incidente nos ha hecho abandonar un instante.

Conferí pues, el bautismo, á diez y ocho adultos, á cuya cabeza estaban nuestro viejo alcalde, su hijo y toda su familia.

Después de almorzar, mis nuevos bautizados con sus padrinos, que yo había mandado venir de la isla San-Francisco Xavier, vinieron á saludarme, trayéndome

muchos regalos : plátanos cañas de azúcar, gallinas, ranas, etc., etc. Les distribuí rosarios, medallas... ¡Qué contentos estabamos todos, Padre é hijos! Alas dos se dijo el rosario; después, fui á bendecir las casas, hasta la alcaldía (olvidad por ahora que no es sino una casucha). Di una estampita á cada familia para poner en el sitio de los fetiches, y por último, bendije el cementerio en donde descansaban dos buenos ancianos que mi catequista había bautizado « in artículo mortis. » Así vivos y muertos tomaron parte en la fiesta.

¡Qué hermoso día! En verdad, ¿no son los niños mimados de la Providencia los misioneros?

En los pueblos de los Santos Apóstoles.

La infancia del arte. — Miedo y confianza.

Las estratagemas de la caridad.

Al día siguiente marchaba á caballo para ir al otro pueblo de catecúmenos Sôs, que habia puesto bajo la invocación de los Santos Apóstoles. Mi catequista se había instalado ya allí hacía dos meses, y me había construido una especie de capilla habitación. Dicho pueblo constaba de veinte y cinco familias, de ellas se instruían veinte y dos, pero, ¡Dios mio! Qué salvajes eran aquellos pobres paganos!

Así que me vieron llegar (era la primera vez que yo entraba en este pueblo), las mujeres, los niños y hasta muchos hombres, huyéron á la selva, y Dios sabe con que vestidos! Hay que decir en efecto que esos pobres Sôs ignoran enteramente lo que són las telas y la costura. Los pocos harapos con que se adornan son generalmente lo que tiran los laocianos, y que cambian por esteritas de junco, única obra de arte que las mujeres

saben hacer. Invierten cinco ó seis días en fabricar una sola, que venderán á diez ó quince céntimos. Con siete ú ocho de estas esteritas, pueden proporcionarse una especie de enaguas que atan á la cintura y llega á media pierna; he aquí todo el vestido de las mujeres; para los hombres, todavía es más primitivo. No obstante para ser justos, añadiremos que son muy buenos herreros, sobre todo para los instrumentos imperfectos de que se sirven.

Quando llegó la noche, ví como unas sombras que entraban por todas partes en la población era que los fugados volvían á sus chozas. Algunos hombres en compañía del alcalde que me hizo buena impresión, vinieron no obstante á visitarme. Traté de amansarlos, cogiendo mis guantes, como vulgarmente se dice, para no herir su delicadeza.

Al día siguiente, celebré el Santo-Sacrificio. Unos veinte hombres y tres ó cuatro mujeres asistían á él. A la acción de gracias, les dejé con mi catequista; luego, vine á trabar conversación, pero apenas se atrevían á hablarme y menos aún mirarme á la cara. ¿Tendrían miedo de mi barba? ¿Porqué? No lo sé. Después de cambiar algunas palabras por ambas partes, les dije que volviesen muchos á la doctrina, después de almorzar.

«— Padre Bienhechor, me contestó el alcalde, es imposible; dentro de algunos instantes, todos, salvo los viejos y enfermos, ván á irse cada uno por su lado, á sembrar los campos y buscar ramitas de árbol por los bosques, ect.

« — Al menos, añadí, procurad venir esta noche, os enseñaré, amigos míos, el medio de ser felices, hasta en medio de vuestra pobreza.

« — Padre, contestó mi antiguo amigo, las mujeres y niños no entienden el laociano.

« — Ya vendrá, poco á poco.

« — Las mujeres en particular, como no tienen vestidos decentes, no se atreven á presentarse. »

Viendo en ello una ocasión favorable de ganarme sus voluntades, les dije :

« — Pues bien, mañana por la mañana daré á los más pobres algo que ponerse. »

Mandé por 12 francos de tela. Al día siguiente, solo dos ó tres mujeres vinieron á pedirme; ¿ porqué no vienen las demás? ¿ lo creereis? Temían que yo dijera que me eran deudas y que al fin y al cabo no las cogiera esclavas... En efecto, aquí en Laos, no es raro hallar esclavos que en principio no debían más de 2 ó 3 francos. He encontrado también algunas que eran esclavas por haber hurtado una gallina. Mis buenos Sôs temieron una emboscada y me dejaron con mis regalos de tela.



Varios días mi auditorio fué el mismo que al principio. Recurrí á otro medio, mandé á mis monaguillos á pasear por el pueblo recomendándoles que condujeran á los niños consigo y jugaran con ellos. Inútil; aquellos salvajillos no entendiendo una palabra de laociano huyeron á todo correr al bosque. ¿ Que haré, me dije, para coger á esos incogibles? Probé otro medio que me salió bien, pero no mucho; llené de tabaco mis bolsillos

y me fui á través de la población, algunos huían todavía, pero hice más; entré en sus cabañas; aquí encuentro á un anciano, allá á una anciana; ántes de trabar conversación con ellos les presentaba riendo un puñado de tabaco, pronto lo comprendieron y me tendieron sus manos callosas para recibir el regalito.

Todo mi tabaco se acabó. Por la noche, los trabajadores regresando del campo, y sabiendo mi generosidad, vinieron algunos de ellos á pedirme una pipada y yo se la daba de muy buena gana. Al día siguiente recurrí al mismo precedimiento; hasta aumenté mi bazar ambulante.

Llevé agujas, hilo, telas, ect., que distribuí entre las abuelas, en fin, poco á poco logré domesticar algo á aquella pobre gente. Después de estar dos semanas en su pueblo, regresé á mi isla de San Francisco Xavier, dejando, para que siguieran instruyéndolos, á un jóven que yo había llevado y á mis dos monaguillos. Un mes después, ese jóven catequista llegó á mi isla muy desconcertado, diciendo que no había nada que hacer con aquellos salvages; que después de mi marcha no habían ido más á doctrina.

« — Vamos, díjele, no sabes manejarle; dentro de algunos días, vendrás conmigo, verás que buen trabajo hacemos. »

Pero el jóven estaba tan desanimado, que no quiso oír hablar más de ello.



Busqué pues, otro auxiliar y me puse en camino. Pasé por el pueblo de San Juan Bautista donde mi catequista

de ocasión preparaba á mis neófitos á la confesión. Todo el mundo venía, me dijo á escuchar asiduamente el catecismo. Las quejas eran solo de que los alimentos no bastaban; le dí algunos arreos se pesca y se alegró.

Después de oír la confesión de mis nuevos cristianos, partí para el pueblo de los Santos Apóstoles, del cual me habían hecho una pintura tan triste. Mis antiguos conocidos, entre ellos el alcalde, acudieron á recibirme y me dijeron :

« — Padre Bienhechor, sabemos ya tres oraciones.

« — Bueno, díjele, ya veremos esta noche, venid muchos. »

En efecto, mis oyentes vinieron en masa, más que nunca; había muchas mujeres; esta vez, estaban vestidas decentemente, por fin aceptaron la tela que mi catequista tenía encargo de repartir. Después del rezo en común, interrogué á algunos sobre las plegarias vocales : ya podían recitar el « *Padrenuestro* » y « *Yo os saludo Maria* » que habían aprendido con mis monaguillos. Les felicité por su habilidad, y buena voluntad, sobre todo.



Mi buen ángel me sugirió entonces una idea que valía mucho oro. Como en el pueblo había muchos niños, aconsejé al alcalde que los hiciera venir á estudiar aparte durante el día. El buen viejo sacó á relucir otra vez sus objeciones, esto es, que no tenían vestidos decentes, que unos tenían que llevar á pacer los búfalos, y otros se quedaban en casa á guardar al hermanito ó á la hermanita, que no me entenderían, y luego, que...

« — Basta, viejo abuelo, díjele, en cuanto á los vestidos, yó me encargo de proporcionárselos y en cuanto á los búfalos, irán á sus pastos un poco más tarde y no comerán por eso menos; en fin, que los estudiantes traigan consigo á sus hermanitos y hermanitas; si lloran demasiado, cesaremos; si hay medio de apaciguarlos, lo probaremos con algunas golosinas. Por lo demás, viejo abuelo, no creas que yo me quede con esos chicos mucho tiempo : ya verás, en algunos días esos traviesos estarán bien contentos de venir á la escuela. ¿Qué, no saben el laociano? mejor que mejor, así lo aprenderán. »

Al día siguiente, mi alcalde me trajo él mismo, la gente escolar, treinta niños de ambos sexos, muchos de ellos llevaban á cuestas al hermanito, ó hermanita. Di á cada uno un trozo de tela... era de ver la alegría de la gente menuda.

Durante algunos días, para ganar los corazones de mis alumnos, no hice más que cantarles algunas oraciones : era inefable el verles hacer la señal de la cruz. Lo hacian de treinta y seis maneras. Yó les cogía por la mano y entonces atinaban. Cuando estuvieron algo acostumbrados, me puse á enseñarles el A. B. C. los dividí en tres clases, dando una á cada uno de mis monaguillos y me reservé la tercera. El programa variaba; ora un poco de A. B. C. ora un poco de oraciones vocales, ora algo de doctrina.

Todo iba á las mil maravillas, cuando la nostalgia se apoderó de mis dos pequeños institutores. Por más que hice para reconfortarlos, prometiéndoles unos rosarios, una crucecita de cobre; todo fué inútil, tuve que mandarlos conducir hasta la isla.



Heme aquí solo en medio de mis alumnos ; los niños á la derecha, las niñas á la izquierda ; ya veis el cuadro ; á menudo, había que llamarlos al orden ; era aquello una algarabía imposible. Los chiquitines á caballo de los mayores, dejaban oír sus voces. Vamos, que mi pobre garganta no lo encontraba muy divertido, y mi olfato también se veía martirizado ; pero, me consolaba pensando que pronto las almas de aquellos niños, purificadas por las aguas del bautismo, despedirían delicioso perfume.

Por la noche, después de rezar juntos, dije la doctrina á los hombres y mujeres que acudían más y más. Por las tardes, procuraba instruir á los ancianos de ambos sexos y á los impedidos. ¡Entonces sí, que tenía que repetir veinte veces lo mismo ! ¡Cuántas veces me dirigía al buen San Francisco de Sales para pedirle una onza de paciencia y de dulzura !

Permanecí más de un mes entre esos oyentes escogidos. No sé si Dios estuvo contento de mí, pero en lo que me concierne, le dí gracias de todo corazón por haber podido atraerme, á esos pobres salvajes y que vinieran á escucharme, sobre todo en las penosas circunstancias en que se hallaban : en esa época, en efecto, entre ellos reinaba la carestía más extraordinaria. Después de recomendar á mis queridos catecúmenos á sus buenos ángeles guardianes, los confié á mi nuevo catequista que llegó de la isla San Francisco Xavier.

Fué solo miedo. — En el pueblo de la Inmaculada Concepción. — Desaliento.

De allí, me dirigí á otro pueblo, el mayor y más poblado de mis tres distritos Sôs. Ese pueblo constaba de sesenta á setenta familias y mi principal catequista ò seminarista estaba en él, hacía ya un mes, con dos niños á quienes enseñaba el rezo de la misa. El diablo quiso acompañarme y trató de hacerme otra jugarreta. El camino era muy áspero, y al bajar una cuesta, me caí, y por poco me lastimo gravemente, pero el caballo se detuvo en el acto. Me quedé colgado por las piernas en una mata de espinas. Mi acompañante, en lugar de acudir á socorrerme, se quedó mirando como me salía de la zarga, no se apeó hasta que yo se lo mandé. Cuando se acercó para ayudarme, yó estaba ya en pié, pero con los vestidos desgarrados y las piernas laceradas por las espinas. Me arreglé el traje como pude y seguí mi camino, el tiempo se encargó de curar mis piernas.

Como ya he dicho, puse este pueblo bajo la invocación de la Inmaculada Concepción. A mi llegada, los habitantes me recibieron bien y la mayor parte se habían hecho inscribir ya como catecúmenos. Mi catequista me había construido una casa-iglesia bastante decente y todo anunciaba un éxito completo. Durante los quince días que permanecí en este pueblo, la mayor parte de los habitantes vinieron regularmente á asistir á doctrina; pero, los múltiples pueblos laocianos que también querían ser de los nuestros, no me impidieron hacer mayor estancia y después de mi salida, este pueblo Sô abandonó sus primeras disposiciones. El enemigo de

toda verdad sembró allí la zizaña, y los poderosos de la comarca, con toda clase de mentiras y calumnias, lograron hacerlos volver poco á poco á sus antiguas supersticiones. No obstante, siete ú ocho familias perseveraron, y el año último, tuve la dicha de conferirles el bautismo. Con la gracia de Dios y paciencia, me parece que todos los desertores volverán, tanto más cuanto que, entre los bautizados, se encuentran los dos principales de la población.

Santa muerte del antiguo alcalde de San Juan Bautista. — Ultimas palabras: la miés esta madura, pero faltan obreros y recursos.

Antes de terminar esta relación, volvamos por algunos instantes al pueblo de San Juan Bautista. La última vez que allí fui, encontré al buen viejo del alcalde, atacado de disentería, rebelde á todos los remedios. Así que me vió, se echó á mis piés diciéndome que tenía el presentimiento de su próximo fin.

« — Si, Padre Bienhechor, siento que voy á morir, pero soy dichoso, puesto que he recibido el bautismo. Ya he repartido mis búfalos entre mis niños. En cuanto á dinero, no tengo más que algunos pesos que unos *thai bane* (compatriotas) me han pedido prestados. Como no hay escritos para hacer constar la deuda, pido, que vos Padre Bienhechor, llameis á mis deudores y que en vuestra presencia, acepten ó rechacen su deuda respectiva. Temo que una vez muerto, mis hijos me maldigan exigiendo más de lo que me deben ó que mis deudores perjudiquen á mis hijos negando su deuda. »

Mandé llamar á todos los deudores y ni uno recusó

su deuda. Todos los negocios temporales del buen hombre se arreglaron.

« — Padre, me dijo, ahora, quiero confesarme por última vez; deseo hacerlo esta noche... no quiero más distracciones, quiero prepararme á morir... He oído decir al catequista que había un sacramento más grande que el del bautismo, esto es, el *sin maha sanit* (el sacramento de la Eucaristía), ¡oh! ¿no podría recibirlo? »

Entonces se puso á recitarme todo lo que sabía sobre la Sagrada Comunión. Para satisfacer su piadoso deseo y no contristar el corazón de Nuestro Señor, privando á su celoso servidor, de aquella prenda de la vida eterna, le expliqué durante tres días, este divino sacramento del que no conocía todavía más que la letra. Luego, le dí la comunión. ¡Pobre viejo! ¡con qué sentimientos de fé y fervor recibió por primera y última vez á nuestro divino Maestro! Al día siguiente le administré la Extrema-Unción, pues su mal empeoraba. Aún vivió ocho días y entregó su hermosa alma un domingo, mientras yo estaba celebrando la santa Misa.

Así se apagó aquel buen viejo de alcalde que me había ayudado siempre con todas sus fuerzas á ganar la voluntad de sus paisanos, á la causa de Jesucristo. No dudo de que el Salvador haya tenido misericordia de él.

He aquí los comienzos de mi ministerio entre esa tribu de Laos. Ahora, lector amigo ¿que os parecen mis queridos Sôs? En cuanto á mí, estoy contentísimo. Entre ellos cuento 275 cristianos con vida. ¿Porqué no somos más numerosos, Dios mio? ¿Porqué no tenemos

recursos más abundantes? Por todas partes la miés está madura, pero los obreros y los medios faltan, para poder recogerla. En la orilla izquierda del caudaloso Mekong, estoy solo con un seminarista que vino de Bangkok. Tengo doce estaciones.

Desde el principio del año hasta el fin no hago más que viajar, ora á pié, ora á caballo ó en barca. En cada puesto, por toda rectoría tengo un pequeño apéndice contiguo al pobre cobertizo que me sirve de iglesia, es muy mísero. ¿Pero, puedo quejarme, cuando Nuestro Señor no está mejor alojado que yó? El año pasado pude conferir 201 bautismos: el anterior había tenido 361: este año no tengo más que 101, y Dios sabe si he tenido trabajo. Pero, como ya habeis visto, me veo obligado á menudo, á socorrer la extrema indigencia de estos desheredados de la fortuna.

Séame pués permitido recomendar nuestras obras á las oraciones y limosnas de las buenas almas.





Misiones de América

VICARIATO APOSTÓLICO DEL NAPO

Esta carta del R. P. Detroux, es un homenaje á la memoria de Garcia Moreno, ilustre Presidente de la República del Ecuador, y muestra la influencia que los jefes de los pueblos pueden tener por el bien moral de sus súbditos. Felizmente, la valiente Compañía de Jesús sigue allí su marcha de avance, con esa abnegación inteligente, que forma el carácter de todas sus misiones.

CARTA DEL R. P. DETROUX

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

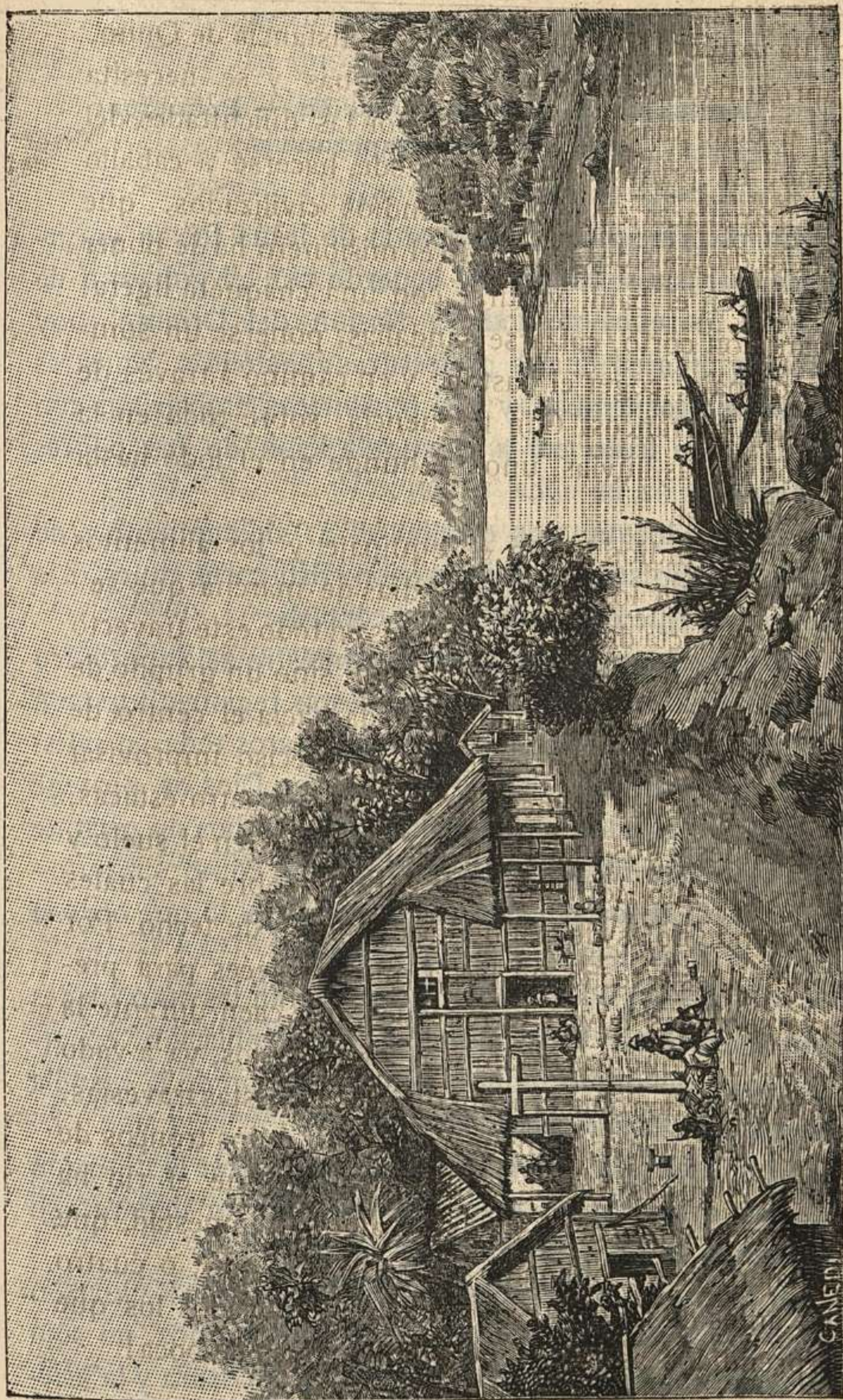
Misiones entre los salvages. — Dificultades del viage.

La Misión del Napo, confiada de nuevo, después de un siglo de interrupción, á los cuidados de los Padres de la Compañía de Jesús en 1869, está situada en la región oriental de la República del Ecuador y tiene por límites al norte y noroeste, la diócesis de Pasto en Colombia y al sud-est, la diócesis de Chachapoyas en el Perú, al sud y sud-oeste, la Prefectura apostólica de Canelos y de Macas, de la que está separada por el rio Tigre.

La residencia principal es Archidona, capital de la provincia, situada por 53 46" de latitud meridional y 45 39" de longitud oriental del meridiano de Quito, en

a orilla izquierda del Mishagualli. Su distancia de Quito, es aproximadamente de treinta leguas y se necesita siete ú ocho dias para hacerlas por las dificultades del camino. La primera jornada puede hacerse á caballo hasta Papallacta, pueblo de Indios civilizados, que limita la diócesis de Quito. Allí el misionero ha de poner su sotana en el baul, vestirse con una chaqueta ligera, un pantalón corto, calzarse sandalias, ponerse un sombrero de paja, coger el bastón, y en camino á través de montes y barrancos. Con frecuencia, sobre todo en la estación de las lluvias, uno se hunde en el lodo hasta las rodillas.

Algunos Indios llevan el equipaje y los alimentos necesarios para los seis ó siete días de marcha que separan Papallacta de Archidona, pués en todo este trayecto no se encuentra una sola habitación, sino un grupito de casas en Baeza, antigua villa situada hácia el centro de la carretera. Por consiguiente, es preciso improvisar también todas las noches una choza con cuatro estacas, dos grandes y dos mas pequeñas plantadas en el suelo y unidas en alto con ramas de árboles sobre las cuales se extiende hojas de palmera que sirven de techo. Por supuesto, este techo no basta muchas veces para preservarse de las lluvias torrenciales, que caen durante la noche. Hay que pasar también algunos rios, ya á vado sobre un Indio robusta acostumbrado á estas travesías, ya por un puente, compuesto de uno ó dos troncos de árbol. Algunas veces también ocurre que el rio ha engrosado tanto de resultas de alguna tempestad, que al viajero se vé obligado á pararse dos, tres, ó cuatro dias antes de tentar la travesía. ¡Desgraciados los que sorprendidos así, carecen de provisiones de boca!



Ecuador (América del Sur). — Pucaurcu, pueblo à orillas del Napo.

Comienzos de la evangelización. — Primeros resultados. — Esperanzas.

En el principio, la Compañía de Jesús fué la encargada por su santidad de acuerdo con el gobierno de Garcia Moreno, de toda la Misión del Oriente, hoy está dividida en cuatro prefecturas apostólicas. Nuestras escuelas prosperaban y los misioneros trabajaban con afán y con fruto en la evangelización de los pobres Indios.

He aquí lo que nos escribía el 21 de septiembre de 1870, el Ministro de Gobernación. Esta carta, muestra la confianza que el Gobierno nos concedía :

Los excelentes resultados que nuestro zelo apostólico ha obtenido entre los bárbaros de estas regiones imponen al Gobierno la obligación de manifestaros toda su satisfacción y gratitud. Es una prueba que Dios os protege y guía. El estado en que se hallan los Indios no permite establecer un régimen definitivo; pero, como sin autoridad la vida social es imposible, he aquí lo que ordena S. E. el Presidente de la República :

1º Los RR. PP. Misioneros nombrarán las autoridades con el carácter de alcaldes de cada población, encargándoles del orden y de la administración de la justicia en sus distritos respectivos;

2º Los RR. PP. Misioneros podrán aceptar la dimisión de las autoridades, revocarlas cuando no llenaren su cometido, y nombrar otras en su lugar;

3º Se procurará establecer escuelas en cada Reducción á cargo del Gobierno, para enseñar á los niños, no solo el catecismo, el Español, la lectura, la escritura y la aritmética sinó también las asignaturas más necesarias, el

canto, y la música instrumental. Para la enseñanza de estos oficios, se empleará al menos una hora diaria. Se establecerá igualmente escuelas para niñas tan luego como haya señoras capaces de dirigir las. Los padres de familias estarán obligados á enviar á sus hijos á la escuela y las horas de clase serán divididas de tal manera que los niños no se fatiguen ni se aburran; se estimulará su aplicación con premios y distinciones;

4° Se establecerá escuelas del Domingo para los adultos, en las cuales se dará la instrucción primaria durante dos horas todos los días de fiesta;

5° Los RR. PP. Misioneros hallarán siempre en el Gobierno el apoyo y protección que necesiten para conducir á buen término la obra tan santa de que están encargados, y se empleará la fuerza pública si las circunstancias lo exigieren para defenderlos y protegerlos.



Todo iba maravillosamente en el centro de la Misión, de tal modo, que García Moreno podía escribir en su mensaje á las Córtes de 1873 :

« A orillas del Napo, donde están establecidos los misioneros con la aprobación del Gobierno, la verdadera civilización de la cruz, penetra admirablemente y las escuelas fundadas por el zelo apostólico de los infatigables hijos de la Compañía de Jesús preparan á estas ricas regiones, pero salvajes, una era de luz y prosperidad. El estado de la Misión es floreciente y ofrece presagios favorables para el porvenir. »

Y ciertamente estas esperanzas no habrían sido vanas, si García Moreno, el insigne protector de las Misiones, no hubiera muerto.

He aquí lo que escribía el R. P. Vicario apostólico en 1875 :

Hemos construido hasta ahora nuevas iglesias de dimensiones proporcionadas á las poblaciones.

Para no hablar más que de cada Reducción en particular, me limitaré á la de Archidona. Sus 2000 habitantes, están por desgracia diseminados por pequeños grupos de familias en un espacio de varias millas de terreno entrecortadas por rios y llenos de precipicios y bosques impenetrables. Cada familia se ocupa de pesca, de caza y de la fabricación de hilo grueso. Cuando se ofrece á los indigenas una remuneración, trabajan también en la cosecha de la cascarilla.

Esta población se agrupa cada sábado en torno de la iglesia y de la casa del misionero. Todos los indios agrupados permanecen allí la tarde del sábado y la mañana del domingo. La reunión dá lugar á un pequeño mercado y cada uno de los jefes de los grupos dá cuenta al misionero de los principales sucesos de la semana. Generalmente se administra el bautismo en estas reuniones y se arreglan las cuestiones. El domingo se dice la Santa Misa; se canta la doctrina cristiana y el misionero hace una explicación del catecismo. A las doce, los adultos se retiran á sus cabañas lejanas para no volver más que el sábado siguiente, á menos que no haya alguna fiesta durante la semana. Los niños ván cada día al catecismo. La mayor parte de ellos viven costantemente al lado de los Padres. Duermen en el local destinado á este efecto cerca de la iglesia. Sobre ellos se ha fundado la esperanza de la Misión. La buena conducta y su aplicación, unidas á un carácter dócil permiten dirigirlos casi con la regularidad de un colegio en una villa civilizada. Hay actualmente 217 en Archidona,

Se observa una diferencia notable entre los indios que

han envejecido en sus costumbres nómadas y las generaciones que nacen hoy. Los ancianos se muestran sumisos exteriormente y á veces de un servilismo exagerado, pero conservan en su fuero interno y en casos dados manifiestan sus pensamientos ocultos y sus malas intenciones, oponiendo una resistencia tenaz á los planes del misionero para conservar su vida independiente y ociosa. Estos pobres chicos leen, escriben, hacen las operaciones elementales de aritmética, traducen del español en Quit chua, y se distinguen por su aplicación y progresos. Yo llevé conmigo en mi último viaje á Quito á dos pequeños indios que enseñaron su letra y lucharon en alta voz en el libro que les presentaron; tradujeron, en su propia lengua, algunos párrafos; aunque estuviesen algo intimidados por la presencia del arzobispo y otros personajes distinguidos de Quito.

El misionero no se contenta de dirigir las escuelas y las prácticas religiosas de cada semana en todo el pueblo; recorre también la región habitada en un gran círculo alrededor de la iglesia, visitando á los moribundos, á los viejos é imposibilitados. No creo que en toda nuestra Misión, haya muerto un solo niño sin bautizar, y hasta se puede decir que nadie ha muerto sin recibir los Sacramentos, sino aquellos que se lanzan á uno de esos viajes que forman el encanto de los indios.

Tal era el estado floreciente de las Misiones del Napo en 1875. « Nueve mil salvajes, exclamaba el ilustre presidente del Ecuador, precisamente en la última página de su Mensaje impregnado de su sangre, nueve mil salvajes convertidos á una vida cristiana y civilizada nos dicen lo que debemos á la Iglesia y á las Ordenes Religiosas. »

Pruebas. — Muerte de Garcia Moreno.

Revuelta de los indígenas.

Tanta dicha no debía durar mucho tiempo. García Moreno cayó, y con él, la prosperidad (al menos temporal), de la Misión. Como ya se sabe, la muerte del ilustre presidente tuvo lugar el 6 de Agosto de 1875. Un poco antes de esta época las viruelas se declararon entre los indios, que espantados huyeron luego á sus lejanas cabañas donde viven en el mayor aislamiento unos de otros, por temor del contagio. Por consiguiente, aún ántes de la muerte de su insigne protector, los misioneros se vieron sin ningún indio y desprovistos de todo socorro humano. Por todo alimento tenían un poco de yuca y algunos plátanos que recogían en los campos abandonados; tenían que buscar la leña para encender fuego, hacer la cocina, viéndose reducidos á no poder decir la Santa Misa, por falta del vino necesario á este efecto. La noticia de la muerte del Presidente de la República se divulgó y los soldados volvieron á Quito, declarándose los indios contra los misioneros, para vivir en adelante según sus inclinaciones.

✦

Sin embargo poco á poco, á fuerza de trabajo y sacrificios, los misioneros pudieron de nuevo reunir á los indios y proseguir su obra civilizadora. Tuvieron no obstante que sufrir mucho por causa de los traficantes blancos, que, lejos de favorecerlos, excitaban á los

pobres indios á sublevarse al propio tiempo que usaban con ellos mil vejaciones.

Desde que los Padres de la Compañía de Jesús están allí, estas perturbaciones han llegado al colmo de la malicia. Hacia el fin de Agosto de 1892, tres blancos de Archidona se dirigieron á la Concepción donde habían dado cita á los indios; desarmaron de improviso á los dos soldados que allí estaban, apoderándose de sus fusiles y unos setenta marcharon sobre Loreto. Varios de los sublevados, estaban armados con fusiles. los otros con machetes. A eso de las cinco de la tarde, el 30 de Agosto, invadieron la plaza pública, se dirigieron en seguida hácia la morada del Jefe, y sin dejarle tiempo de defenderse, se apoderaron de su persona y le amarraron. Entre tanto los indios de Loreto se habían unido á los revoltosos formando así un grupo de 200, aproximadamente. Se echaron entonces contra la residencia de los misioneros ocupados en hacer la clase, los atacaron á golpes, y los condujeron á casa del Jefe donde esperaban la muerte á cada instante.

Al amanecer, acordándose de que el Santo Sacramento estaba en la capilla expuesto á los ultrajes, el P. Guertas pidió á los revoltosos le permitieran celebrar la Santa Misa, para consumir la Santa Hostia, pero fué en vano. Obtuvo sin embargo el ser conducido con sus compañeros á la capilla. Estaban en ayunas desde las doce del dia anterior. El P. Guertas, con las manos atadas, abrió el tabernáculo como pudo, distribuyó la comunión á sus compañeros y consumió la Santa Eucaristía.

Inmediatamente después de este acto religioso, los revolucionarios empezaron á ejecutar la segunda parte de su proyecto que era conducir á sus prisioneros, echarlos atados en una barca y abandonarlos á merced de la corriente. Imposible describir las angustias de las



víctimas durante las cuatro ó cinco horas que duró, la marcha para alcanzar el río.

Felizmente algunos soldados llegaron á tiempo para salvarlos de la muerte.

Mejora de la Misión. — Estado actual.

No podríamos decir las enfadosas, consecuencias de la rebelión sobre todo entre los indios de Loreto. De los dos cientos niños que antes frecuentaban la escuela á penas vienen hoy unos veinte. En cuanto á los indios de Archidona, asisten con regularidad á la Santa Misa del domingo, y nos confían de buen grado sus hijos. Los misioneros fundan todas sus esperanzas en ellos.

Más de dos cientos treinta niños frecuentan diariamente la escuela de los Padres y docientas niñas la de las Hermanas. Más de cincuenta niños son mantenidos y vestidos á costa de la Misión.

Los indios mismos, reconocen la superioridad de los niños educados en nuestra casa; en efecto, es un cambio completo, como lo escribía el R. P. Tovia al Presidente de la República.

Se espera fundar establecimientos semejantes en las demás residencias, pues es el único medio de formar generaciones verdaderamente cristianas.





R. P. Tissot, supérieure général de los Misioneros
de San Francisco de Sales de Annecy



Misiones de Oceanía

ARCHIDIÓCESIS DE WELLINGTON

Debemos la graciosa novela que vá á leerse, á un misionero marista de quien no necesitamos hacer el elogio, pues los lectores de los *Anales* se acuerdan sin duda el conmovedor episodio que hemos publicado del mismo hace cuatro meses y los abonadas á las *Misiones Católicas* se acuerdan de las *Narraciones Maoris*. Nuestra entrega, que sale por las alegres, fiestas de Navidad, dará á las páginas siguientes más encanto y actualidad.

CARTA DEL R. P. COGNET

MARISTA

LA NAVIDAD ENTRE LOS MAORIES

En todos los pueblos cristianos, « Navidad » ocupa un sitio de preferencia entre las fiestas del año; no hay ninguna que despierte tan gratos recuerdos, tan piadosas emociones y alegría tan pura. La sola palabra « Navidad » ¿No es recordar aquella velada tan agradable en que, reunida en torno de la leña chispeante que se consume lentamente en el hogar, la familia de antaño, esperaba con una alegre impaciencia la hora bendita de *Medianoche*? ¿No es recordar las alegres reuniones en que cuando niños, nos gustaba tanto tomar parte, mientras nuestras madres, para tranquilizarnos, dejaban sorprender en sus labios la promesa del juguete deseado? ¿No es despertar todavía, en el fondo

de nuestros recuerdos, no sé que repiqueteo de campanas; no sé que misteriosos resplandores de antorchas errantes sobre los caminos, no sé que ecos de santos cánticos repercutidos por el valle, y como un brillo de estrellas sobre un blanco mantel de nieve? ¡Y la Cuna del buen rey Jesús! ¡Y todo aquel conjunto de misterios recordados por otras tantas costumbres tiernas! ¿no dá á esta fiesta un sello especial (iba á decir único), que la ha hecho tan popular en todas partes? « Navidad! Navidad! aquí está Navidad! » decían en otro tiempo los Angeles invitando á los pastores de Belén á asociarse á su fé, y festejar con ellos la venida del divino Manuel y después de diez y ocho siglos, en todos los pueblos cristianos, se ha oído al anciano decir al niño, y el niño repetir al niño : « Navidad! Navidad! hé aquí Navidad! »

El protestantismo no ha tratado nunca de empañar la influencia de Navidad sobre el espíritu popular. La ha dejado subsistir tal como estaba en otro tiempo; hoy día todavía, ingleses, alemanes, americanos y australianos, no reconocen otra fiesta más hermosa que la del *Christmas*, ricos y pobres, oficiales públicos y simples particulares, todos la celebran y juntan generalmente la expresion de sus deseos para el año futuro. Apegados á sus costumbres y á las de sus antepasados, los ingleses se distinguen, en tal día, por una gran demostración de formalismo religioso; que no deja de inspirar algunas reflexiones saludables : muchos protestantes, que no ponen nunca los piés en un templo durante todo el año, se creerian faltar á todos los buenos usos si se abstuviesen de asistir en semejante día. Solo la escoria de la sociedad inglesa desprecia la piadosa tradición del *Christmas*.

lado de nuestros esplendores Europeos, quizá se

verá con placer figurar los modestos pero interesantes estrenos de nuestros Maories de los Antípodas, en este concierto de lisonjas y de admiración que se eleva, cada año, de todas las partes del mundo hácia la Cuna de Belén. Habiendo tenido varias veces el consuelo de asistir á estas inolvidables fiestas trataré de describir su organización y relatar sus incidentes.

Fiestas civiles. — Recepciones y discursos.

Es necesario saber desde luego, que la costumbre impone ya un sello medio civilizado á todos los usos de nuestros indígenas. Apesar de esta tendencia al progreso, que quita forzosamente alguna cosa á la originalidad de las fiestas indígenas, quedan sin embargo bastantes detalles singulares dignos de nombrarse.

Los Maories, son gentes eminentemente prácticos; tienen orden y puntualidad; saben distribuirse admirablemente las partes de un mismo trabajo para abreviar, su ejecución. Toda fiesta entre ellos está prevista y preparada desde largo tiempo.

La Natividad se celebra por cada población de la misma región, cada cual á su turno; una tribu se creeria deshonrada, si dejase pasar su vez. Al mismo tiempo que esta fiesta de familia aproxima los corazones y proporciona una preciosa ocasión de discutir y arreglar bien las cosas; á nosotros nos proporciona la ventaja de encontrar juntas varias tribus de vivir con ellas durante algunos días y de distribuirles como pasatiempo los tesoros del Evangelio que hemos venido á traerles.



Era el 21 de Diciembre de 1890. Yo estaba entonces en Kaneroa cerca de Hiruharama, sobre el Wanganui River. Allí era donde este año, se debía celebrar la « Navidad ». Mucho tiempo ha, se dirigió un llamamiento, á todas las tribus de la región, invitándolas á reunirse en el lugar mismo donde en 1852, el venerado P. Lampila, su primer apóstol, había construido su primera iglesia y bautizado á sus primeros neófitos. Una idea de « jubileo » venia á añadirse á los motivos ordinarios de esta asamblea; y, como el que había organizado esta fiesta era un jefe eminentemente simpático á todo el mundo la invitación dirigida á las tribus no podía sinó ser escuchada.

Este jefe, llamado Werahiko, era á sus ojos como el representante de esta época de fervor en que la fé reinaba como soberana á orillas del Wanganui; dicho jefe había llenado las funciones de monaguillo de los antiguos misioneros; hoy dia es todavia el mejor amigo y el « brazo derecho » de sus felices sucesores, su nombre circula por todas partes como un eco del pasado, y como un llamamiento al bautismo y á la virtud. Se comprende desde luego, porque deseabamos cooperar en lo posible al éxito de la fiesta. Por eso, mientras el R. P. Soulas organizaba un conato de *charanga* y preparaba á sus muchachos, yo visitaba los pueblos, y trataba de conducir á la fiesta el mayor número de gentes.

Los Maories del poblado de Kauaeroa procedían á la *preparación inmediata*. Unos plantaban y fijaban tiendas, que adornaban luego de flores y follage; otros cazaban por el bosque; otros iban á los rápidos del rio á

pescar anguilas con largos cestos de mimbre en forma de embudo; otros, enfin, recorrían los campos é inmolaban, quíen un buey, quíen un carnero, quíen cierto animal que no nombraré, pero que San Antonio ha hecho célebre. Eran verdaderas hecatombes: en su incuria para el día de mañana y su entusiasmo del momento, nuestros indígenas lo sacrifican todo sin calcular nada.



El 24 de Diciembre era, el día fijado para la abertura de la reunión. Desde por la mañana, yo había inaugurado y bendecido una bonita casa *maori*, cuya feliz terminación había servido de pretexto á la fiesta. Algunas horas después, todas las tribus de la Ribera llegaban cantando en sus piraguas. Un desembarco en semejantes circunstancias es un espectáculo extraño é interesante. Primero, á una señal dada, por la proximidad de una piragua, las salvas de mosquetería le daban la bienvenida. Luego, estallan, por ambas partes, prolongados gritos, anunciando la alegría general, y mientras los ecos están aún ocupados en traducir estas ruidosas manifestaciones, las piraguas se desocupan. Se amontonan en la orilla las provisiones descargadas en prueba de homenaje á la tribu amiga; luego, se alinean en procesión y se presentan así, ante la asamblea que procede entonces á la ceremonia del « tangi ». En país maorí, no se puede uno encontrar, sin que el primer pensamiento sea para los muertos que uno llora. Conmovedora costumbre que nos guardaremos mucho de destruir. Cuando se ha llorado bien, unos y otros se sientan y los jefes se entregan á verdaderos torneos de elocuencia en

los cuales cantan loas á los difuntos y anuncian el objeto de su visita. Después, unos y otros se aproximan y el « hongri » tiene lugar. Esta ceremonia consiste en frotarse unos con otros las narices, mientras las manos se aprietan vivamente y los órganos guturales profieren unos pequeños gritos indefinibles que recuerdan á los de un ratón que cae en la trampa medio estrangulado. Es del todo patético. Luego, se acabó todo; los recién llegados se juntan con los antiguos, se instalan bajo las tiendas ó en las casas que se les destinan. Si vienen más piráguas, toda esa gente se reúne para recibirlas.



Tal es la fisonomía ordinaria del primer día; este, se invierte en recepciones y discursos. A veces en el curso de estas recepciones, surgen disputas por nada. En las circunstancias en que mi relato empieza, dos jefes de Hiruhararama se desafiaron *coram populo* y se entregaron á una série de injurias, á propósito de una cuestión insignificante. Luego, de repente, cuando los espectadores esperaban otra cosa, uno de los dos, el mejor (llamado Tohiora) interpela á su adversario y le dice de buenas á primeras. « Escucha, ya te he dicho todo lo que tenía que decirte. Ahora dame la mano, porque mañana es Navidad!!! » Estas nobles palabras fueron saludadas por grandes aplausos; el otro jefe tuvo que ceder para evitarse los rencores de la tribu.



Algunos minutos después de este incidente, deseábamos todos juntos la bienvenida á *Major Kemp*. (Taitoko) y á *Topia*, los dos principales personajes de la región. El primero, debe su título á la intrepidez y habilidad de que ha dado pruebas dirigiendo las compañías de indígenas sometidas al gobierno colonial durante las últimas guerras. Delante de él hace que lleven dos banderas : la que recibió en premio de sus servicios, y la de Moutoa, acribillada de balas y teñida con la sangre de sus valientes. El segundo, que es el jefe actual de los Hiruharama, es como el porta bandera del nombre católico en Nueva Zelanda, pues su padre, el famoso Pahi Turva, fué el primer jefe de fila que patrocinó nuestra causa.

Para acoger bien á estas dos *ilustraciones* de nuestros Antípodas, toda la tribu simuló un zafarrancho de combate, y nuestra charanguita, todavía en sus principios, lanzó sus acordes mas sonoros. En una palabra, fué un verdadero éxito.



Después de la ceremonia del « tangi », nuestros dos nobles visitantes pronunciaron hermosos discursos que podría reasumir así : « *Gloria y salud á Navidad ! Gloria á Jesucristo, que ha dado la paz al mundo ! Gloria á la Iglesia y á los sacerdotes, que han distribuido la fe á los pueblos ! Gloria al Padre Lampilla, el primer Padre de nuestras tribus ! Nos hemos congregado aqui, para atestiguar que su obra y su recuerdo, están todavía vivos, etc.*

Mientras se pronunciaron estos hermosos discursos,

la juventud, siempre revuelta y bulliciosa, empezaba á correr por los prados vecinos. Unos hacían gimnasia á su manera, otros se entregaban á diversos juegos, otros se improvisaban vendedores de artículos de fantasía. Nosotros, los misioneros, encerrados en nuestras tiendas, consagrabanos nuestro tiempo en preparar bautismos, comuniones y casamientos. Hasta muy tarde por la noche, nos retuvieron los deberes de nuestro ministerio. Ninguna preocupación más, venía á turbarnos. En Europa, en día semejante, sería preciso asegurarse el concurso de la policía; sería, ¡hay! prever deplorables eventualidades. Pero aquí, en medio de estos pretendidos salvajes, nada semejante hay que temer. Tan cierto es esto, que hoy día puede decirse que los « peores salvajes » no están ya « en los bosques », sino en las esquinas de nuestras calles mas populosas, y hasta en los salones mejor adornados.

Fiestas religiosas.

Por la mañana, tuvieron lugar diferentes servicios religiosos. ¡Hay! en país maorí, no podemos pensar todavía en las piadosas magnificencias de la misa del gallo! En lugar de bellas y espaciosas iglesias, generalmente, nuestro modesto altar, adornado de flores y follaje, se levanta humildemente en el fondo de una *whare russanga* (casa de reunión). Por sencillo que sea, debe no obstante agradar al Divino Niño, pues está rodeado á menudo de almas tan rectas y piadosas como las de los pastores en Belén. Este altar representa el primer homenaje ofrecido por un pueblo conquistado, al eterno Vencedor del mundo, á Jesús: esta es su principal belleza.

No hay que creer que nuestros indígenas carezcan del

todo, de gusto artístico. A veces los hemos visto con flores entrelazadas madreselvas, y ramos verdes arreglar bastante bonitos adornos. Luego, ¿cómo no admirarse profundamente, cuando uno los oye cantar el *Adeste fideles*, cántico que expresa también todas las alegrías de Navidad? Ayer aun, esos mismos labios estaban tintos de sangre; no se abrían sino para alabar al demonio... Hoy, helos aquí murmurando cánticos de santo amor. Algunos minutos más y vereis estas largas filas de mujeres que se presentarán ante la Santa Mesa, embozadas en sus mantos de ceremonia todos esos elegidos de la Eucaristía vendrán a ofrecer al rey Jesús, el tributo de su fé sencilla y pura.

Festines. — Distribución de víveres y regalos.

Después de la restauración de las almas, viene la de los cuerpos. En estas circunstancias solemnes, los maoríes despliegan una habilidad notable en organizar un festin. Si hay menos lujo y ciencia en el condimento de los manjares, hay una abundancia *homérica* y una variedad increíble entre estos « salvajes ». Les gusta mucho por ejemplo, en estos días, asar, ahogado bajo tierra, un buey entero con su piel y sus cuernos. Al lado de este « plato de resistencia »; dispondrán luego, tocinos asados del mismo modo; patatas, nabos, coles ect., sin hablar del pescado y caza, que necesariamente figuran en una mesa maorí. Luego vienen, námenes, dulces, frutos, bollos muy bien arreglados y presentados; y para rociarlo, hay té á discreción ó si se quiere, agua muy clara y fresca. En casa no hay mesa; solo hay unos manteles muy límpios tendidos en el suelo sobre esterres que sirven de mesa. Se Sientan á la japonesa, con

las espaldas arrimadas á la pared. El centro de la sala se dedica al servicio, que se hace por jóvenes muy compostos y de maneras perfectas de cortesía. Los alimentos se presentan en cestas trenzadas con hojas de *phor-nium tenax* : cada convidado tiene la suya.

Pero no nos apresuremos á dar satisfacción á nuestro apetito : un buen maorí, sobre todo en público, no se descuida jamás de decir muy alto su *Benedicite*. En las reuniones importantes, siempre es el sacerdote, á quien le cae el honor de recitar esta oración ; los « protestantes » mismos, no protestan nunca contra este uso, al cual son tan fieles como nosotros. Pero si el sacerdote católico está allí, tienen por « válido » su *Benedicite* y no vuelven á empezar ; si, al contrario, un ministro protestante quiere representar este papel, muchos de nuestros católicos, después de haber escuchado en silencio, están para volver á empezar. Dicen en su estilo tópico : *Comer sin santiguarse, es como ir á pescar sin anzuelo*. Es quizá para evitar esta sorpresa, que nuestros « protestantes » tienen cuidado de añadir las *Gracias* después del *Benedicite*. Es más seguro, en efecto ; pues ¿Quién puede responder de que no serán olvidadas, si las relegasen al fin de la comida ? ¡ Cuántas cosas hay que decir, sobre estas alegres fiestas que nos recuerdan los « agapes » de los primeros cristianos ! La cordialidad que reina y la alegría que desborda de todas las almas son poéticas ! Oh ! ¡ qué feliz sería este pueblo, si la fé católica pudiese cautivarlo bajo su yugo bienhechor, y calmar el ardor de sus pasiones y purificar todas sus tendencias !



Pero, toda fiesta maori tiene su fin práctico, que es una distribución general de víveres y regalos. No puedo omitir de hablar de ello, porque es uno de los rasgos salientes y distintivos de las costumbres de Oceanía.

Se nota ya, que cada tribu, al acudir á la asamblea ha cuidado de traer su cuota-parte de provisiones. Los jefes principales, sobre todo, consideran un honor el hacer alarde de su liberalidad. Al revés de nuestros socialistas europeos, cuyas máximas todas, son otras tantas mentiras: nuestras « salvajes de las Antípodas » saben que, para tener algo que repartirse, es preciso *hacer juntos* un fondo común y competir en ardor para aumentarlo. Luego, cuando el momento ha llegado, de proceder al reparto de los bienes generales, saben también arreglarse amistosa y proporcionalmente á los derechos de cada uno. Eso no quiere decir que no haya nunca injusticias ni recriminaciones: pero, si las hay, la autoridad de los jefes está allí, para zanjar las diferencias y restablecer la paz.

Al fin de cada reunión, las provisiones que quedan han de ser distribuidas entre todas las tribus que han tomado parte en ella; Cosa admirable! las que viven en el interior de la isla, lejos de toda civilización, son las más favorecidas. Si hay objetos raros ó golosinas desconocidas en sus lejanas regiones, nuestras tribus cristianas tienen buen cuidado de reservárselas. Este es un uso que nos gusta alentar, porque á menudo esos obsequios tienen por efecto el suavizar las enemistades y despertar entre las tribus enteramente incultas, el deseo

de una vida más civilizada y las ventajas que resultan de ella.



Lo que *admiro*, es la increíble negligencia con que nuestros maories se arruinan por varios años, únicamente con el fin de mantener la antigua fama de su hospitalidad. Muchas veces he visto poner de manifiesto para repartir entre sus visitantes, 40, 50, y hasta 70 toneladas de harina, montones de carne conservada, rebaños de carneros y puercos, mantas y vestidos, en una palabra, toda clase de productos alimenticios y objetos útiles. La bandera de la tribu, flota sobre estas riquezas que se dejan así *expuestas* delante de todos, varias horas. Luego, el heraldo del jefe principal se adelanta y grita con voz retumbante :

« ¡Oído! ¡inclinaos y escuchad! con motivo de ser « Navidad », y en recuerdo de nuestro venturoso encuentro, estas riquezas han sido depositadas aquí para servir de lote al mas honrado de nosotros!... »

El funcionario maorí nombra entonces al jefe á quien corresponden todas estas provisiones, y se vuelve á su puesto. El jefe en cuestión, que conoce bien las leyes de la etiqueta, pasa el honor á otro, y así siguiendo, hasta que todos los personajes ilustres de la reunion hayan parecido y desfilado delante de los « tahua » ó regalos. El misionero no es olvidado : pero cuida de hacerse representar por su catequista que obra y perora en su lugar. En fin, el mismo heraldo, que abrió la sesión, vuelve sobre la escena, y propone, con aplauso de la concurrencia, el reparto de dichos tesoros. Entre tanto, varios ayudantes se agregan, y pronto quedan

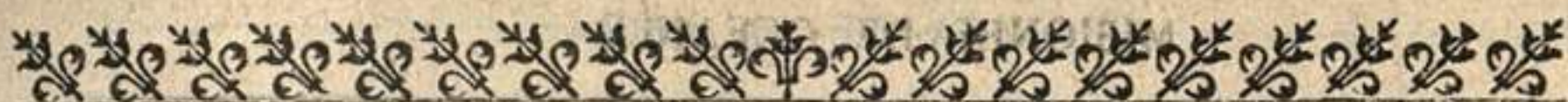
hechas las partes, con la justicia más escrupulosa. Cuando todo está bien arreglado, el heraldo armado con una larga vara, proclama y designa la parte de cada tribu : para variar un poco su discurso, lo siembra de reflexiones humorísticas, de las cuales cada cual toma su parte.

Apenas ha terminado, cuando todo el mundo se ha marchado ya, llevándose áprisita su botín, y regresando al pueblo, donde, durante casi una semana se « nadará en la abundancia » para seguir la vida ordinaria. Pero, los hijos se acordarán de « Navidad », y quince días después, quizá pensando en los pasteles y otros dulces de la fiesta, preguntarán á sus madres : *¿no será pronto Navidad?...?*

Y las madres contestarán sonriendo :

¡Ay! Navidad no viene más que una vez al año...





Cronica de la Obra

La Fiesta de Sn. Francisco Xavier, patron de la Obra.

El lunes día 3 de Diciembre, el R. P. Didón de los Hermanos Predicadores, debe pronunciar en la Primacial de San Juan, un discurso en favor de la Obra de la Propagación de la Fé. La ceremonia será presidida por S. E. Monseñor el Arzobispo de Lión.

Bendicion de los Nuevos despachos de las Misiones catolicas.

El martes 9 de Octubre, S. E. el Arzobispo de Lión, tenía que bendecir los nuevos despachos de las *Misiones Católicas*.

A última hora S. E. tuvo que renunciar á presidir una ceremonia para la que había fijado la fecha. Tuvo que rogar á Mons. Gouthesoulard, actualmente de paso por Lión, se sirviera reemplazarlo en dicha sacra función.

M. Hamel, presidente del Consejo central de Paris, tuvo á bien representar á sus honorables colegas á esta fiesta de familia, asistiendo con todos los individuos del Consejo central de Lión, con su presidente, el Señor Conde des Garets á la cabeza, MM. los Vicarios generales de Lión y de Aix y el Presidente del Consejo de Administración del *Nouvelliste*, en cuya casa ha hallado despachos espaciosos, sin aumento de gastos, el *Boletín ilustrado de la Obra de la Propagación de la Fé*.

Un aliento preciosísimo para nosotros debía coronar la ceremonia y colmar todos nuestros votos. El Padre Santo, y el Cardenal Prefecto de la Propaganda, cuyo órgano son las *Misiones Católicas*, no quisieron permanecer extraños á esta fiesta de la Obra.

He aquí los telegramas remitidos de Roma, en la mañana del 9 de Octubre, al Señor Director del periódico.

Me apresuro á anunciaros que el Padre Santo, del fondo de su corazón, ha concedido su bendición en la inauguración de los nuevos despachos del periodico LAS MISIONES CATÓLICAS.

El bien que dicho periódico ha producido desde numerosos años, justifica la benevolencia del Soberano Pontífice, y Su Santidad hace votos para que se desarrolle más y más y siga secundando eficazmente la grande Obra de la Propagación de la Fé en el mundo.

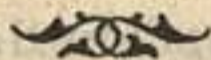
Cardenal RAMPOLLA,

Secretario de Estado.

Mis sinceras felicitaciones y votos, para que la Obra del Boletín aumente cada día, en prosperidad y méritos en sus nuevos despachos.

Cardenal LEDOCHOWSKI,

Prefecto de la S. C. de la Propaganda,



Para entrar en el pensamiento del Padre Santo, y de la Sagrada Congregación de la Propaganda recomendamos de nuevo las *Misiones Católicas*. Nuestro boletín ilustrado vá á empezar de 1º de Enero próximo su 27º año, con grandes trabajos sobre Madagascar, Corea, Gabón, ect., Ofrece este año como prima á todos sus abonados un gran mapa del Sahara, que ha obtenido elogios del ministerio de las Colonias y del de la Instrucción pública.

Cada año forma un hermoso volúmen in-folio de más de 600 páginas, con 200 ilustraciones.

Recordamos á nuestros lectores, que enviaremos un número de muestra gratuito, á todo el que nos lo pida. El precio de abono es de 10 francos para Francia y 12 para la Union postal. Dirigirse al Sr. Director de las Misiones Católicas, 14, calle de la Charité, Lión.

Nuestros Almanagues de 1895.

Nos alegramos de poder anunciar á nuestros lectores que los dos Almanagues publicados por nosotros, cuyo sumario damos en la primera página de esta entrega, han obtenido la alta aprobación del Padre Santo y de su Eminencia el Cardenal Prefecto de la Sagrada Congregación de la Propaganda.

Carta del S. Em. el Card. Rampolla.

SECRETARIO DE ESTADO DE SU SANTIDAD

He recibido su carta del 23 de Octubre y con ella, los Almanagues de las *Misiones* y de la *Propagación de la Fé*. Conforme con sus deseos, me he apresurado á presentarlos en su nombre al Padre Santo, quien ha manifestado su satisfacción y se complace además, en concedeles de todo corazón su bendición apostólica.

Agradeciéndole los ejemplares que me destina, me considero feliz en esta ocasión de renovarle los sentimientos de mi distinguido aprecio.

Roma, 27 de Octubre de 1894.

Firmado : M. Card. RAMPOLLA.

Carta autógrafa de S. Em. el Card. Ledochowski.

PREFECTO DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DE LA PROPAGANDA

Recibid mis más expresivas gracias por vuestra carta del 23 corriente y por los dos Almanagues que la acompañan. Los he encontrado muy bien y les auguro una amplia difusión. Son bellas primicias de nuestros nuevos despachos.

M. Card. LEDOCHOWSKI.

Bibliografía.

LAS MISIONES CATÓLICAS EN EL SIGLO XIX.

Par M. LOUVET, Misionero en Cochinchina occidental.

Esta magnífica obra de 600 páginas, ilustrada con 200 grabados, está en venta en los despachos de las *Misiones Católicas*, calle de la Charité, 14. Es un libro para aguinaldos espléndido. Precio : 15 francos, en pasta ; 25 francos, encuadernado. El porte además.



Noticias de las Misiones

EL NUEVO SUPERIOR GENERAL DE LOS MISIONEROS DE ANNECY

El Capítulo general de la Congregación de los Misioneros de San Francisco de Sales, reunido en la Casa Madre de Annecy, ha elegido superior general, en reemplazo del llorado P. Tissot, de santa memoria, al M. R. P. Eugenio Gajon, misionero de San Francisco de Sales, que marchó á las Indias hace ocho años. Los sufragios de sus cofrades han ido á buscarle á Gopalpore (diócesis de Vizagapatam), donde llenaba, con satisfacción de todos, los cargos múltiples de director de la estación católica, limosnero de las Hermanas de San José, superior del naciente seminario, maestro de los novicios, profesor de literatura, filosofía y teología. El nuevo elegido tiene cuarenta y cinco años de edad.

BUENAS NOTÍCIAS DEL THIBET

Mons. Biet ha recibido de Pekin, por el Sr ministro de los Negocios Extranjeros, el telegrama que sigue .

« Reintegración de los misioneros del Thibet en todos sus puestos á cargo del Gobierno chino. Indemnización conveniente de las pérdidas causadas á la Misión desde hace seis años. »

Con Mons. Biet, nos alegramos de este resultado casi inesperado y pedimos á Dios la conversión de ese pueblo thibetiano hasta aquí rebelde á la gracia.

LA PERSECUCIÓN EN CHINA

Mons. Potron, de los Menores Observantes, obispo titular de Jericó y procurador de las Misiones Franciscanas, nos escribe de Paris.

« Os envío el texto de un despacho de Mons. Benjamin Christiaens, vicario apostólico de Hou-pé meridional :

*« Persecución violenta en el Sy-tchou-an. Muertos. Ayudadnos
« Detalles por carta. »*

« Asi que yo haya recibido esos detalles, os los mandaré. »



Necrologia

Mons. RAIMONDI

VICARIO APOSTÓLICO DE HONG-KONG

El *London and China Telegraph* anuncia en estos términos la muerte de este prelado que dirigía hace ya veinte años la Misión de Hong-Kong:

« Tenemos el pesar de anunciar la pérdida que ha sufrido la colonia de Hong-Kong, con la muerte de un antiguo y respetadísimo residente, Mons. Raimondi, obispo y jefe de la Misión católica romana de Hong-Kong. Al fallecimiento del P. Luiz en 1867, fué creado prefecto apostólico, luego, el 22 de Noviembre de 1874, fué consagrado en Roma, con el título de Acanthe. Desde hace siete años, su salud iba declinando, y los médicos le ordenaron una estancia en Australia. Volvió á Hong-Kong curado en apariencia, pero la mejora producida por el cambio de aires no duró; el prelado recayó enfermo y fué languideciendo. Expiró en la Misión-House, en Glenealy, el 27 de Septiembre á las siete de la mañana. Una misa solemne de *Requiem* fué celebrada el 28 de Septiembre á las 7 de la mañana y las exéquias se verificaron por la tarde á las 4. Ofició Mons. Pinaud. Toda la colonia europea asistió á ellas. El capitán Sterling representaba á sir Robinson, gobernador de la colonia. »

Mons. NERAZ

OBISPO DE SAN ANTONIO (ESTADOS-UNIDOS).

Al ponernos en prensa, sabemos la muerte de este prelado que administraba desde trece años la diócesis de San Antonio, Mons. Juan Claudio Neraz, nació en la diócesis de Lyon el 12 de Enero de 1828.

Recomendamos á las oraciones de los misioneros y de nuestros lectores, las almas de varios bienhechores insignes de la Obra de la Propagación de la Fé; M. J.-J. Speessen, director del Orfelinato de Terninck, cerca de Amberes, que falleció piadosamente el 8 de Octubre de 1894; la Srita Angela Dosal, de México, el Sr Don Miguel Barquin de Irapuato, el Sr Don Manuel Escudero y Perez Gallardo, de México.



Salidas de Misioneros

Se han embarcado en Marsella, el 2 de Septiembre de 1894, los misioneros de la Sociedad de las Misiones Extranjeras de Paris, cuyos nombres siguen : MM. Andrea Eloy, de Arras, para el Tonkin Meridional; Serafin Godet, de Poitiers, para la Conchinchina septentrional; Emilio Cherriere, de Tulle, para el Tonkin Meridional; Emilio Devise, de Viviers, para la Corea; Julian Geoffroy, de Nancy, para la Conchinchina oriental; Marcelo Lacrouts, de Bayona, para la Corea; Serafin Iffy, de Metz, para la Birmania meridional; Carlos Ackermann, de Metz, para el Cambotge; Teófilo Bohn, de Estrasburgo, para la Birmania meridional; Juan Maria Le Garrec, de San Briec, para el Yun-nan, Francisco Harnois, de San Briec, para Tokio; Enrique Hay, de Cambrai, para la Conchinchina occidental; Clemente Lemoine, de Coutances, para Tokio; Ivo Moysan, de San Briec, para la Birmania septentrional; German Bernabé, de Rodez, para el Yun-nan; Luis Vallet, de Viviers, para la Conchinchina oriental.

— El 38 de Septiembre, el R. P. Alberto Wettervald, de la Compañía de Jesús, se ha embarcado en Marsella para la Misión de Tchély sud-este (China). El 29 de Octubre, cinco Padres de la misma Compañía de Jesús se embarcaron en Marsella, para la Misión del Kiang-nan (China). Son los RR. PP. Luis Froc, Renato Desnos, Xavier David, Celestino Frin y José Lebez.

— El 3 de Noviembre de 1894, seis Padres de la Sociedad de María se embarcaron en Marsella : los RR. PP. Goutenoire y Cognet, de Lión, regresando á sus misiones de la Nueva-Zelanda, Barrallon de Lión, é Hily, de Quimper, dirigiéndose al vicariato apostólico de la Nueva Caledonia y de las Nuevas Hébridas; y los RR. PP. Thierry, de Angers, y Calviac, de Rodez, con destino al vicariato apostólico de las islas Fidji.

Il Gerente, T. MOREL

Lyon. — Imp. PITRAT AINÉ, A. Rey Successeur, 4, rue Gentil. — 9465